¿Quién *es* Jesus?

R.C. Sproul

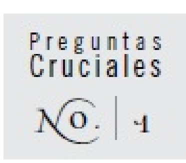
PREGUNTAS CRUCIALES



¿Quién *es* Jesús?

La Serie Preguntas Cruciales
por R. C. Sproul

¿QUIÉN *Es* JESÚS?
¿PUEDO CONFIAR EN *la* BIBLIA?
¿PUEDE LA *Oración* CAMBIAR LAS COSAS?
¿PUEDO *Conocer* LA VOLUNTAD DE DIOS?
¿CÓMO DEBO *Vivir* EN ESTE MUNDO?
¿QUÉ SIGNIFICA *Nacer* DE NUEVO?
¿PUEDO ESTAR SEGURO DE QUE *Soy* SALVO?
¿QUÉ *Es* LA FE?
¿QUÉ PUEDO HACER *con* MI CULPA?
¿QUÉ *Es LA* TRINIDAD?
¿QUÉ *Es EL* BAUTISMO?
¿PUEDO TENER *Gozo EN* MI VIDA?
¿QUIÉN ES *el* ESPÍRITU SANTO?
¿CONTROLA DIOS *Todas* LAS COSAS?
¿CÓMO PUEDO DESARROLLAR UNA *Conciencia* CRISTIANA?
¿QUÉ ES LA *Cena* DEL SEÑOR?
¿QUÉ *es LA* IGLESIA?



¿Quién *es* Jesús?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Who Is Jesus?

Publicado anteriormente como *Who is Jesus?* (1983) y como parte de *Following Christ* (1991) por Tyndale House Publishers, y como *Who is Jesus?* por Ligonier Ministries (1999).

Publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org ReformationTrust.com

Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías
Diseño de portada: GearBox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Diagramación en español: Pamela Figueroa, Proyecto Nehemías

Conversión de ebook: Fowler Digital Services
Formateado por: Ray Fowler

A menos que se indique algo distinto, las citas bíblicas están tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea*. Derechos reservados.
Las citas bíblicas marcadas con NVI están tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional.
Las citas bíblicas marcadas con RV95 están tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera 1995*.
Las citas bíblicas marcadas con LBLA están tomadas de *La Biblia de las Américas*.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

R. C. (Robert Charles) Sproul, 1939-
¿Quién es Jesús? / R. C. Sproul.
p. cm.- (Serie Preguntas Cruciales)
Primera publicación como: *Who is Jesus?* 1983. *Following Christ*. Wheaton, Ill.:
Tyndale House Publishers, 1991. *Who is Jesus?* Ligonier Ministries, 1999.
ISBN 978-1-56769-385-0

1. Jesucristo – Persona y oficios. I. Sproul, R. C. (Robert Charles), 1939- Following
Christ. II. Título.
BT203.S67 2009
232-dc22

2009018825

Contenido



¿Puede ponerse de pie el verdadero Jesús, por favor?

En las galerías de arte de este mundo existe un sinnúmero de retratos de Jesús. Estas representaciones a menudo son tan dispares que son de escasa ayuda para obtener una imagen precisa de cuál era el aspecto de Cristo durante el periodo de su encarnación. Esta multiplicidad de imágenes se equipara con la extendida confusión acerca de la identidad de Jesús que existe hoy en el mundo.

Necesitamos a Cristo, el *verdadero* Cristo. Un Cristo nacido de vanas especulaciones o creado para encajar en los modelos de los filósofos sencillamente no resulta. Un Cristo reciclado, un Cristo producto de la transigencia, no puede redimir a nadie. Un Cristo deslucido, carente de poder, despojado de su gloria, reducido a un símbolo, o un impotente producto de la cirugía académica, no es Cristo sino un Anticristo.

El prefijo *anti* puede significar "contra" o "en lugar de". En el lenguaje, hay una diferencia, pero en la vida, es una distinción indiferente, porque suplantar al verdadero Jesús con un sustituto es actuar contra Cristo. Cambiar o distorsionar al verdadero Cristo es oponérsele con un Cristo falso.

Ninguna persona en la historia ha suscitado tanto estudio, crítica, prejuicio, o devoción como Jesús de Nazaret. La gigantesca influencia de este hombre lo convierte en el principal blanco de los dardos de la crítica y en objeto predilecto de la revisión según los prejuicios del intérprete. En consecuencia, el retrato del Jesús histórico ha sido alterado para que se ajuste a las ocurrencias de quienes pretenden ponerlo de su lado, hacerlo su aliado en un tropel de causas militantes, muchas de las cuales son mutuamente excluyentes. En el laboratorio de los teólogos, tratan a Jesús como un camaleón; lo fuerzan a adaptarse a un fondo pintado por el teólogo.

Se han hecho rigurosos intentos académicos por buscar detrás del retrato de Jesús del Nuevo Testamento, para descubrir al "verdadero" Jesús histórico. Estos intentos por traspasar el muro de la historia, por husmear detrás del velo del denominado testimonio apostólico primitivo, nos han enseñado mucho acerca de los perjuicios de los académicos pero poco o nada han añadido a nuestra comprensión del verdadero Jesús. Lo que los académicos descubrieron detrás del velo fue un Jesús creado a su propia imagen conforme a sus propios prejuicios. Los liberales del siglo XIX

descubrieron un Jesús “liberal”; los existencialistas descubrieron un héroe existencial; y los marxistas descubrieron un revolucionario político. Los idealistas descubrieron un Jesús idealista y los pragmáticos descubrieron un Cristo pragmático. Buscar detrás o más allá del Nuevo Testamento es salir a cazar gamusinos equipado con los focos del orgullo y el prejuicio.

Luego está el Jesús hecho con tijeras y pegamento. A él lo modelan aquellos que buscan en la Biblia el corazón o la almendra de la tradición acerca de Cristo que sea auténtica. Las cosas que a ellos les parecen adiciones innecesarias, las capas de mito y leyenda, se extirpan con la tijera para exponer al verdadero Jesús. Parece algo muy científico, pero todo se hace con espejos. Las artes del mago nos dejan un retrato de Rudolf Bultmann o John A. T. Robinson, y una vez más el verdadero Jesús queda oscurecido. Al conservar un fragmento de la información del Nuevo Testamento, creemos que hemos evitado la subjetividad. Sin embargo, el resultado es el mismo: un Jesús modelado por un académico tendencioso que esgrime las tijeras y tiene las manos untadas con pegamento.

Se cuenta la historia del vagabundo que llamó a la puerta de un granjero y cortésmente preguntó si había empleo como peón. El granjero puso cautelosamente al hombre a trabajar a prueba para evaluar sus habilidades. La primera tarea consistió en cortar leña, cosa que el forastero acabó en tiempo record. La siguiente tarea fue arar los campos, lo cual realizó en unas cuantas horas. El granjero estaba gratamente sorprendido; parecía que se había encontrado con un Hércules moderno. La tercera tarea era menos laboriosa. El granjero llevó al trabajador al granero, le mostró un gran montón de papas y lo mandó a que las ordenara en dos montones: las de primera calidad debía ponerlas en un recipiente, y las de menor calidad en otro. El granjero sintió curiosidad cuando su prodigioso jornalero no informó de su trabajo con la misma rapidez de las tareas anteriores. Después de varias horas, el granjero fue al granero a investigar. No había ningún cambio notorio en el montón de papas. Un receptáculo tenía tres papas y en el otro había solo dos. “¿Cuál es el problema?”, preguntó el granjero. “¿Por qué te mueves tan lento?” En la cara del empleado se dibujaba una mirada de derrota, mientras levantaba las manos y respondía: “Lo difícil en la vida son las decisiones”.

El método de las tijeras y el pegamento padece del problema de determinar de antemano qué es auténtico y qué es mito en el retrato bíblico de Jesús. Lo que Bultmann arroja al tarro de las cáscaras, otro académico lo pone en el tarro de las almendras. Lo que Bultmann considera medular, otro lo descarta como algo inferior.

La evidencia es convincente

El problema es simple. No radica en los “mediocres” informes de los autores del Nuevo Testamento o los “descuidados” documentos de historia que llamamos Evangelios. Fue Emil Brunner, el teólogo suizo, quien desenmascaró al liberalismo del siglo XIX. El veredicto de Brunner fue tan simple como provocativo. El problema, dijo él, es la incredulidad.

Brunner no se refería a la incredulidad basada en una evidencia insuficiente. Negarse a creer debido a que la evidencia no respalda las afirmaciones es una actitud honorable y sabia. Asimismo, creer careciendo de evidencia es credulidad, la señal del necio, y no da ningún honor a Dios.

Sin embargo, la evidencia acerca de Jesús es convincente, así que negarse a creer en él es cometer un acto inmoral. Jesús juzga la incredulidad, no como un error intelectual, sino como un hostil acto de prejuicio contra Dios mismo. Este tipo de incredulidad es destructivo para la iglesia y para el pueblo de Dios.

¿Cómo es posible que semejante palmaria incredulidad no solo haya atacado a la iglesia cristiana,

sino que en varios casos capturara a seminarios enteros e incluso a denominaciones enteras? ¿Por qué las personas que rechazan el retrato neotestamentario de Jesús simplemente no abandonan de plano el cristianismo y dejan la iglesia para mortales menos educados que necesitan un Jesús imaginario como una muleta religiosa?

El siglo XIX trajo a la iglesia una crisis intelectual y moral: el surgimiento de la teología liberal que rechazó de plano el núcleo sobrenatural del Nuevo Testamento. Esta crisis al final ejerció una fuerte presión sobre cuestiones bastante prácticas. Si los líderes de una iglesia o los profesores de un seminario despiertan una mañana y descubren que ya no creen en lo que enseña la Biblia o confiesa la iglesia, ¿qué opciones tienen?

La opción más obvia (y la primera que se esperaría de hombres honorables) es que declaren su incredulidad y gentilmente abandonen la iglesia. Si ellos controlan las estructuras de poder de la iglesia, sin embargo, tienen que considerar cuestiones prácticas. Por vocación y formación, sus empleos están ligados a la iglesia. La iglesia representa una inversión financiera multimillonaria, una institución cultural establecida con millones de miembros constituyentes activos y un efectivo medio comprobado de reforma social. Estos factores hacen que declarar al mundo la incredulidad y cerrar las puertas de las iglesias sea menos atractivo. El camino de mínima resistencia consiste en *redefinir* el cristianismo.

Redefinir el cristianismo no es tarea fácil. Dos factores de peso han definido el cristianismo: 1) la existencia de un cuerpo de literatura que incluye fuentes primarias acerca del fundador y maestro de la fe cristiana, Jesús de Nazaret; 2) la existencia de dos milenios de tradición eclesiástica, lo cual incluye puntos de discrepancia acerca de temas particulares de debate entre denominaciones, pero lo cual revela una notable unidad de confesión acerca de los puntos esenciales del cristianismo. La redefinición del cristianismo requiere que se neutralice la autoridad de la Biblia y se relativice la autoridad de los credos. La lucha de la iglesia durante los últimos 150 años ha estado precisamente en estos dos puntos. No es casualidad que el ojo del huracán de la controversia dentro de los seminarios y la iglesia en nuestros días se haya concentrado en cuestiones relativas a la Biblia y los credos. ¿Por qué? No simplemente a causa de las palabras sobre el papel, sino a causa de Cristo. Uno tiene que expulsar al Cristo de la Biblia y al Cristo de los credos a fin de redefinir el cristianismo.

La iglesia se denomina “el cuerpo de Cristo”. Algunos se refieren a esto como “la encarnación continua”. Ciertamente la iglesia existe para encarnar y llevar a cabo la misión de Cristo. Por tal motivo, la iglesia es inconcebible sin Cristo. No obstante, la iglesia no es Cristo. Ha sido fundada por Cristo, formada por Cristo, comisionada por Cristo, y es protegida por Cristo. Pero no es Cristo. La iglesia puede predicar la salvación y alimentar al salvado, pero no puede salvar. La iglesia puede predicar, exhortar, reprender, y amonestar contra el pecado, puede proclamar el perdón de pecados y puede definir teológicamente el pecado, pero la iglesia no puede expiar el pecado.

Cipriano declaró: “No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la iglesia por Madre”. Necesitamos a la iglesia con la misma urgencia que un bebé hambriento necesita la leche de su madre. No podemos crecer ni ser alimentados sin la iglesia. Poseer a Cristo y menospreciar la iglesia es una contradicción intolerable. Sin embargo, es posible tener la iglesia sin abrazar verdaderamente a Cristo. Agustín describió la iglesia como un *corpus permixtum*, un “cuerpo mezclado” de cizaña y trigo, de incrédulos y creyentes existiendo codo a codo. Esto significa que el incrédulo puede obtener la entrada a la iglesia. Pero nunca puede obtener entrada a Cristo.

El Cristo en el que creemos, el Cristo en el que confiamos, debe ser verdadero si hemos de ser redimidos. Un Cristo falso o un Cristo sustituto no puede redimir. Si se considera improbable que el Cristo bíblico pueda redimir, menos probable aun es que el Cristo especulativo de invención humana pueda redimir. Aparte de la Biblia, no conocemos nada relevante acerca del Jesús real. En última instancia, nuestra fe se sostiene o se derrumba según el Jesús bíblico. Haz a un lado las teorías de la

inspiración bíblica si tienes que hacerlo, a tu propio riesgo, pero incluso aparte de la inspiración el Nuevo Testamento representa la *fuente primaria*: los documentos más tempranos de aquellos que lo conocieron, el registro de aquellos que aprendieron a sus pies y fueron testigos oculares de su ministerio. Ellos son las fuentes históricas más objetivas que poseemos.

Hombres que escribieron con intenciones

Algunos discrepan en este punto, poniendo de relieve el hecho obvio de que el retrato de Jesús en el Nuevo Testamento nos llega de la pluma de hombres sesgados que perseguían sus propias intenciones. Los Evangelios no son historia, dicen ellos, sino historia redentora, poniendo el acento en los esfuerzos por persuadir a la gente para que siguiera a Jesús. Bueno, ciertamente los escritores tenían sus intenciones, pero no eran intenciones *ocultas*. El apóstol Juan lo dice abiertamente: "Estas [cosas] se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer, tengan vida en su nombre" (Juan 20:31).

El hecho de que los escritores bíblicos fueran creyentes y estuvieran celosos por persuadir a los demás da cuenta de su veracidad. Si hubieran sido incrédulos mientras exhortaban a otros a creer, ellos habrían sido culpables de doblez. Desde luego, los hombres pueden estar equivocados en cuanto a lo que proclaman, pero el hecho de que creyeran su propio mensaje, incluso hasta la muerte, debiera acrecentar más bien que debilitar su credibilidad.

Su registro efectivamente era historia *redentora*. Era redentora porque no estaban escribiendo desde el punto de vista de historiadores neutrales, desinteresados. Era *historia* porque ellos insistían en que su testimonio era verdadero.

En este punto, el perspicaz y el escéptico impasible, quienes intentan desacreditar al Cristo bíblico exponiendo al Cristo apostólico como una fantasía, plantean una pregunta práctica. Ellos aducen que si los asociados más cercanos a Jesús estaban sesgados (en el sentido de que eran creyentes), la ardua investigación académica para descubrir al Jesús "real" tiene poco sentido. Si todo lo que sabemos acerca de Jesús se conoce gracias al testimonio de los apóstoles; si ellos son la "pantalla" a través de la cual debemos observar para verlo, entonces nuestros esfuerzos parecen vanos.

La respuesta es que el Jesús histórico no vivió en un vacío; a él lo conocemos al menos en parte por la forma en que transformó a quienes lo rodeaban.

Yo quiero conocer al Jesús que radicalizó a Mateo, que transformó a Pedro, que dio vuelta al revés a Saulo de Tarso en el camino a Damasco. Si estos testigos directos no pueden llevarme al "verdadero" Jesús, ¿quién puede hacerlo? Si no es a través de los amigos y los seres queridos, ¿cómo se puede conocer a alguien?

Si los apóstoles no pueden llevarme a Jesús, mis únicas opciones son escalar la fortaleza del cielo mediante un completo subjetivismo místico, abrazando la más añeja de todas las herejías, el gnosticismo, o pasarme al campamento de los escépticos que expulsan definitivamente a Jesús del ámbito de la verdad significativa. Denme al Cristo bíblico o no me den nada. Háganlo de prisa, por favor, pues las demás opciones no me dan nada excepto la frustración de una laboriosa investigación estéril.

Jesús dijo: "Porque ¿de qué le sirve a uno ganarse todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué puede dar uno a cambio de su alma?" (Marcos 8:36-37) Jesús le pone un elevado precio al alma humana. Yo lo agradezco. Me gusta pensar que mi alma tiene valor, y detestaría despilfarrarla en un Cristo vacío, un Cristo de la especulación subjetiva. Sin embargo, eso es lo que hacemos cuando nos aferramos a algo inferior al Cristo real. Estamos jugando con almas humanas, nada menos que las almas por cuya redención Cristo derramó su vida.

Una imagen real de Jesús

Existen distintos métodos que podríamos utilizar para conseguir nuestra imagen de Jesús. Podríamos examinar los credos clásicos de la iglesia, y adquirir así un valioso conocimiento acerca de la sabiduría colectiva de las edades. Podríamos restringir nuestra investigación a la teología contemporánea en un intento por estudiar a Jesús a la luz de nuestra propia cultura. O podríamos probar suerte en nuestra propia creatividad y producir una nueva mirada especulativa.

Yo opto por mirar a Jesús según como nos lo presenta el Nuevo Testamento. Aun si uno rechaza el carácter revelacional de la Biblia o su inspiración divina, tiene que enfrentar un hecho ineludible: prácticamente todo lo que sabemos acerca de Jesús está registrado en la Escritura. Los escritores del Nuevo Testamento son las fuentes primarias de nuestro conocimiento de Jesús. Si ignoramos o rechazamos estas fuentes, lo que nos queda es especulación y nada más que especulación.

Hacemos eco del grito de Erasmo, *"¡ad fontes!"* ("¡a las fuentes!"), mientras concentramos nuestra atención en el Nuevo Testamento. Sin importar las ventajas que puedan darnos dos mil años de reflexión teológica, esos años nos alejan de la respuesta virginal de los contemporáneos de Jesús que lo conocieron, que caminaron con él, que lo observaron en acción, y que lo interpretaron desde la perspectiva de la Escritura del Antiguo Testamento. Los propios escritores bíblicos son las fuentes primarias, y es su retrato de Jesús el que debe tener prioridad en cualquier estudio serio de esta persona. Aparte de los escritores del Nuevo Testamento, no hay más que tres párrafos de literatura escritos en el siglo I acerca de la persona y obra de Jesús.

Cuando regresamos a las fuentes bíblicas, reconocemos que cualquier intento de comprender a Jesús debe tener en cuenta los peligros que impone nuestra propia mente. Aunque el Nuevo Testamento no es un producto del siglo XXI, quienes lo leemos hoy sí lo somos. Todos nosotros en alguna medida hemos estado expuestos a la idea de Jesús desde niños, aunque no sea de otra fuente más que de los simples arreglos que vimos en los pesebres navideños en la época festiva. Aunque puede que no tengamos un conocimiento exhaustivo del Jesús bíblico, tampoco es un desconocido para nosotros. Cada persona alfabetizada tiene alguna información acerca de Jesús y alguna opinión acerca de él. Puede que nuestras opiniones estén de acuerdo con el retrato bíblico o puede que no, pero llevamos esos supuestos al texto y a veces nos formamos una actitud prejuiciosa que dificulta que escuchemos lo que decían los contemporáneos de Jesús.

También debemos tener presente que Jesús no es una mera figura de interés histórico a quien podamos estudiar con indiferencia. Estamos conscientes de las afirmaciones de que Jesús es el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Nos damos cuenta de que respecto a él debemos tomar una decisión a favor o en contra. También estamos conscientes de que muchos creen que una decisión tal determina nuestro destino eterno. Sentimos que hay tanto en juego en nuestra comprensión de Jesús que debemos abordar la interrogante no con indiferencia sino entendiendo quién es Jesús. Es una cuestión de suma relevancia para cada uno de nosotros. Que Jesús plantee a mi vida una afirmación absoluta o no, es algo que no puedo ignorar inteligentemente.

Los escritores del Nuevo Testamento nos proporcionan un relato de testigos oculares acerca de Jesús de Nazaret. Lucas comienza su Evangelio con las siguientes palabras:

> Excelentísimo Teófilo: Muchos han tratado ya de relatar en forma ordenada la historia de los sucesos que ciertamente se han cumplido entre nosotros, tal y como nos los enseñaron quienes desde el principio fueron testigos presenciales y ministros de la palabra. Después de haber investigado todo con sumo cuidado desde su origen, me ha parecido una buena idea escribírtelas por orden, para que llegues a conocer bien la verdad de lo que se te ha enseñado (Lucas 1:1-4).

Pedro añade la siguiente declaración:

> Porque, cuando les hicimos saber que nuestro Señor Jesucristo vendrá con todo su poder, no lo hicimos siguiendo fábulas artificiosas, sino como quienes han visto su majestad con sus propios ojos (2 Pedro 1:16).

Los registros bíblicos afirman ser relatos de primera mano que nos han llegado de parte de hombres que estaban consciente y abiertamente comprometidos a seguir a Jesús. Veamos brevemente el testimonio de aquellos que lo conocieron, lo amaron, y dieron la vida por él.



Los títulos de Jesús

Hace algunos años, un distinguido profesor de Nuevo Testamento fue invitado a disertar en un claustro académico en un importante seminario. Un claustro en una universidad o un seminario generalmente va acompañado de pompa y solemnidad: los profesores van adornados con todas las galas académicas mientras marchan en procesión al frente del auditorio, y se espera que el orador invitado dé un discurso con un contenido de peso y erudición. En consecuencia, en esta ocasión, cuando el profesor de Nuevo Testamento entró al salón, hubo un silencio expectante mientras alumnos y profesores esperaban sus proposiciones con ansiosa inquietud. Como era un experto en el área de la cristología, se esperaba que el orador presentara un discurso que expusiera sus más recientes investigaciones en su campo.

Sin embargo, él se paró frente al atril y comenzó a recitar una letanía de títulos de Jesús extraídos de las Escrituras. La letanía duró varios minutos mientras el pleno impacto de los títulos, pronunciados sin comentario, se hacía sentir entre la audiencia. El profesor se paró y sencillamente dijo, con pausas de por medio: "Cristo… Señor… Rabí… Hijo del Hombre… Hijo de Dios… Hijo de David… León de Judá… la Rosa de Sarón… el Brillante Lucero de la Mañana… el Alfa y la Omega… el Logos… el Abogado… el Príncipe de Paz… el unigénito del Padre… el Cordero sin defecto…" Y así el hombre continuó recitando todos los títulos que los escritores bíblicos le habían conferido a Jesús.

Estos títulos revelan algo de su identidad y nos dan una pista sobre el significado de sus actos. En teología es costumbre distinguir entre la persona de Cristo y la obra de Cristo. La distinción es importante, pero jamás debe implicar una separación. Jesús es conocido en parte por lo que hizo. Por otra parte, la significación de lo que él hizo está fuertemente condicionada por lo que él es. Aunque podamos distinguir entre persona y obra, jamás debemos aislar la una de la otra. Cuando miramos los títulos que se confieren a Jesús en el Nuevo Testamento, vemos una interrelación entre persona y obra.

Por razones de espacio no podemos examinar todos los títulos que se le atribuyen a Jesús en la

Biblia, pero examinemos brevemente aquellos que generalmente se consideran sus principales títulos.

El Cristo o el Mesías

El título Cristo se utiliza tan a menudo en conjunción con el nombre de Jesús que prácticamente se ha convertido en su nombre. Normalmente no nos referimos a Jesús como "Jesús hijo de José", ni siquiera "Jesús de Nazaret". Más bien se considera que su verdadero nombre es "Jesucristo". Dado que el término "Cristo" se percibe como un nombre, puede que se pierda su plena significancia. En efecto, Jesús es un nombre, pero Cristo es un título. Se utiliza con mayor frecuencia que cualquier otro título para Jesús en el Nuevo Testamento.

Cristo proviene del término griego *christos*, que significa "ungido". Corresponde al hebreo "mesías". Si tuviéramos que traducir el nombre y el título directamente al español, diríamos "Jesús Mesías". Con este título estamos haciendo una confesión de fe de que Jesús es el ungido de Israel esperado por tanto tiempo, el Salvador que redimiría a su pueblo.

En el Antiguo Testamento, el concepto del Mesías se desarrolló en el transcurso de muchos años a medida que Dios desplegaba progresivamente el carácter y el rol del Mesías. El término *mesías* en un comienzo significó "uno ungido de Dios para una tarea específica". Alguien que era ungido para realizar una obra de Dios, tal como un profeta, un sacerdote, o un rey, podía llamarse "mesías" en el sentido amplio. A través de los pronunciamientos proféticos del Antiguo Testamento, lentamente se desarrolló un concepto sobre *el* Mesías, uno que estaría especialmente ungido por Dios para cumplir una tarea divina. Cuando los escritores del Nuevo Testamento atribuyeron a Jesús el cumplimiento de esas profecías, ellos hicieron una declaración de enorme importancia. Ellos estaban diciendo que Jesús era aquel "que había de venir". Él cumplía todas las promesas de Dios que convergían en la persona del Mesías.

En el Antiguo Testamento, el concepto del Mesías no es simple, sino que tiene muchas connotaciones. Hay distintas hebras de expectativa mesiánica entretejidas en el tapiz de estos antiguos libros. A simple vista, algunas de ellas parecen contradictorias. Una de las principales líneas de expectativa mesiánica es la idea de un rey como David que restauraría la monarquía de Israel. Existe una nota triunfante en la espera de un Mesías que reinaría sobre Israel y pondría a todos los enemigos bajo sus pies. Esta era la variedad más popular de expectativa mesiánica al momento en que Jesús entró en escena. Israel había sufrido desde su conquista por parte de los romanos y estaba crispándose bajo la opresión de este yugo extranjero. Un gran número de personas anhelaba el cumplimiento de las profecías sobre la venida del Mesías que derrocaría el gobierno romano y restauraría la independencia de Israel.

Otro aspecto del concepto del Mesías era el del Siervo Sufriente de Israel, el que llevaría los pecados del pueblo. Esta noción se encuentra más claramente en los Cantos del Siervo del profeta Isaías, siendo Isaías 53 el principal texto que usaron los escritores del Nuevo Testamento para entender la ignominia de la muerte de Jesús. La figura de un siervo despreciado y rechazado presenta un agudo contraste con el concepto de un rey soberano.

Una tercera línea de expectativa mesiánica se encuentra en la denominada literatura apocalíptica del Antiguo Testamento, los escritos altamente simbólicos de hombres como Daniel y Ezequiel. En estos textos, el Mesías, o Hijo del Hombre, se presenta como un ser celestial que desciende a la tierra con el fin de juzgar al mundo. Es difícil concebir de qué forma un hombre podría ser tanto un ser celestial como un rey terrenal, un juez cósmico y un siervo humillado, todo al mismo tiempo. Con todo, estas son las tres principales variedades de expectación mesiánica que estaban en plena vigencia en tiempos de la entrada de Jesús al mundo. En las siguientes secciones, quiero mirar más de cerca

estas líneas de expectativa.

El Hijo de David

El reinado del Rey David en el Antiguo Testamento fue la época dorada de Israel. David sobresalió como un héroe militar y como monarca. Sus hazañas militares traspasaron las fronteras de la nación, e Israel emergió como una importante potencia mundial y gozaba de gran fortaleza y prosperidad militares durante su reinado. Pero la época dorada comenzó a opacarse bajo los programas de construcción de Salomón, y le entró herrumbre cuando la nación se dividió bajo el reinado de Jeroboam y Rehoboam. Las memorias de los días de esplendor, sin embargo, pervivieron en la historia del pueblo. La nostalgia llegó al máximo bajo la opresión del Imperio Romano cuando el pueblo de la tierra pedía a Dios un nuevo David que restaurara la antigua gloria de Israel.

La expectativa en torno a la esperanza de un Mesías político no nació simplemente de la nostalgia, sino que tenía sus raíces en las profecías del Antiguo Testamento que le dieron sustancia a semejante sueño. Los Salmos declaraban que Dios mismo ungiría por rey a uno como David. El Salmo 132:11 dice: "El Señor le ha hecho a David un firme juramento que no revocará: 'A uno de tus propios descendientes lo pondré en tu trono'" (NVI). El Salmo 89 declara: "Su descendencia permanecerá para siempre, y su trono durará mientras el cielo exista. No me olvidaré de mi pacto, ni me retractaré de lo que he prometido. Una vez he jurado por mi santidad, y no le mentiré a David. Su descendencia permanecerá para siempre; su trono estará ante mí, como el sol" (vv. 29, 34-36).

No solo en los Salmos, sino también en los Profetas leemos sobre las futuras esperanzas de uno como David. Amós, por ejemplo, proclamó: "Cuando llegue el día, yo volveré a levantar el tabernáculo de David, que ahora está derribado" (9:11).

Estas esperanzas nacionales pasaron por periodos de fervor y de adormecimiento en Israel, a menudo dependiendo del grado de libertad política que la nación disfrutaba. En tiempos de crisis y opresión, la llama de la esperanza y la expectación se reencendía en los corazones del pueblo mientras ellos anhelaban la restauración del tabernáculo caído de David.

Con la llegada de Jesús, la noción del cumplimiento del Mesías real de la simiente de David afloró nuevamente. Los autores del Nuevo testamento no vieron como una coincidencia el que Jesús viniera de la tribu de Judá, a la que Dios le había prometido el cetro real. Era de la tribu de Judá, la tribu de David, que vendría Uno que traería el nuevo reino de Israel. Los escritores del Nuevo Testamento vieron claramente el cumplimiento de la esperanza del Antiguo Testamento de un Mesías real en la persona de Jesús. Esto se aprecia en el lugar de central importancia que se le da a la ascensión de Jesús en el Nuevo Testamento. Se considera a Jesús como el Hijo de David que anuncia e inaugura el reino de Dios.

Hubo momentos en el ministerio de Jesús cuando él tuvo que huir de las multitudes que intentaban hacerlo rey porque la visión que ellos tenían del reinado era demasiado estrecha. El de ellos era un reino que sería inaugurado sin el precio de muerte y sufrimiento. La muchedumbre no tenía tiempo para un rey que tuviera que sufrir. Jesús tuvo que retirarse de entre el gentío en más de una ocasión, y previno a sus discípulos sobre declarar abiertamente que él era el Mesías. En ningún momento él negó que fuera el Cristo. Cuando sus discípulos proclamaron firmemente su confianza en su rol mesiánico, Jesús aceptó la designación con su bendición.

El emotivo momento de la revelación mesiánica sucedió en Cesarea de Filipo, cuando Jesús les preguntó a sus discípulos, "¿Quién dice la gente que soy yo?" (Lucas 9:18). Los discípulos le contaron a Jesús los rumores de las masas: "Algunos dicen Juan el Bautista; otros dicen Elías, y otros Jeremías o alguno de los profetas". Finalmente, Jesús plantea la pregunta a su círculo cercano de

discípulos: “¿Pero quién dicen ustedes que soy yo?” Pedro contestó entusiasta: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:14-16). La respuesta de Jesús a la confesión de Pedro es cardinal para la comprensión neotestamentaria de la identidad de Cristo. Jesús le respondió: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos” (v. 17). Jesús pronunció su bendición sobre aquel a quien Dios le había revelado su verdadera identidad. Él admitió que el reconocimiento de Pedro de su identidad era correcto. No había sido inferido de un examen de manifestaciones externas; más bien Pedro había reconocido a Jesús porque las escamas de sus ojos se habían quitado gracias a la revelación de Dios el Padre.

En otra ocasión, Juan el Bautista saludó a Jesús como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Pero cuando Juan fue arrestado y puesto en prisión, su fe comenzó a flaquear y envió mensajeros para que le hicieran a Jesús una pregunta aguda: “¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?” Jesús contestó a los mensajeros de esta forma: “Vuelvan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres se les anuncian las buenas noticias” (Lucas 7:20-22). Estas palabras no fueron elegidas casualmente. Jesús estaba llamando la atención hacia la profecía de Isaías 61, el texto que él había leído el día que entró en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor está sobre mí. Me ha ungido para proclamar buenas noticias a los pobres; me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a proclamar el año de la buena voluntad del Señor” (Lucas 4:18-19). Cuando terminó de leer el rollo, Jesús dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de ustedes” (v. 21). En esencia, la respuesta de Jesús al mensaje de Juan era esta: “Díganle a Juan que lea nuevamente las profecías de Isaías y sabrá la respuesta a su pregunta”.

El Siervo Sufriente de Israel

La figura del Siervo del Señor o el “Siervo Sufriente” de la que habló el profeta Isaías es normativa para la comprensión de Jesús en el Nuevo Testamento. Existe gran controversia en relación a la identidad del autor de Isaías y la identidad del Siervo en la mente del autor. Algunos aducen que el Siervo refería a Israel de manera corporativa, mientras que otros atribuyen el rol a Ciro, y algunos al propio Isaías. Este debate de seguro continuará, pero el hecho de que los autores del Nuevo Testamento descubrieran el cumplimiento último de esta figura en Jesús no admite discusión.

Queda claro, asimismo, que Jesús concibió su propio ministerio en términos de la profecía de Isaías, como hemos visto a partir de su declaración en la sinagoga y por su respuesta a la interrogante de Juan el Bautista.

No es casualidad que Isaías sea el profeta citado con mayor frecuencia en el Nuevo Testamento. Las profecías de Isaías citadas en el Nuevo Testamento no se limitan al sufrimiento de Jesús, sino que se refieren a todo el ministerio de Jesús. Fue la muerte de Cristo, sin embargo, lo que volcó la atención de los autores del Nuevo Testamento hacia las profecías del Siervo en Isaías. Veamos Isaías 53 (NVI):

> ¿Quién ha creído a nuestro mensaje
> y a quién se le ha revelado el poder del Señor?
> Creció en su presencia como vástago tierno,
> como raíz de tierra seca.
> No había en él belleza ni majestad alguna;

su aspecto no era atractivo
y nada en su apariencia lo hacía deseable.
Despreciado y rechazado por los hombres,
varón de dolores, hecho para el sufrimiento.
Todos evitaban mirarlo;
fue despreciado, y no lo estimamos.

Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades
y soportó nuestros dolores,
pero nosotros lo consideramos herido,
golpeado por Dios, y humillado.
Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
y molido por nuestras iniquidades;
sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,
y gracias a sus heridas fuimos sanados.
Todos andábamos perdidos, como ovejas;
cada uno seguía su propio camino,
pero el Señor hizo recaer sobre él
la iniquidad de todos nosotros.
Maltratado y humillado,
ni siquiera abrió su boca;
como cordero, fue llevado al matadero;
como oveja, enmudeció ante su trasquilador;
y ni siquiera abrió su boca.
Después de aprehenderlo y juzgarlo, le dieron muerte;
nadie se preocupó de su descendencia.
Fue arrancado de la tierra de los vivientes,
y golpeado por la transgresión de mi pueblo.
Se le asignó un sepulcro con los malvados,
y murió entre los malhechores,
aunque nunca cometió violencia alguna,
ni hubo engaño en su boca.

Pero el Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir,
y como él ofreció su vida en expiación,
verá su descendencia y prolongará sus días,
y llevará a cabo la voluntad del Señor.
Después de su sufrimiento,
verá la luz y quedará satisfecho;
por su conocimiento
mi siervo justo justificará a muchos,
y cargará con las iniquidades de ellos.
Por lo tanto, le daré un puesto entre los grandes,
y repartirá el botín con los fuertes,
porque derramó su vida hasta la muerte,
y fue contado entre los transgresores.
Cargó con el pecado de muchos,

e intercedió por los pecadores.

El estudio reiterado de Isaías 53 incrementa más que disminuye nuestro asombro por su contenido. Suena como el relato de un testigo ocular de la pasión de Jesús. Aquí, los principios de solidaridad corporativa e imputación del pecado se demuestran claramente. El escándalo de Jesús se encuentra en la centralidad de su sufrimiento como la forma de redención. El Mesías no solo viene como Rey, sino como un Siervo que recibe el castigo por la iniquidad del pueblo. En esta situación, uno muere por muchos. Cualquier interpretación de la vida y la obra de Jesús que no tome en serio este aspecto ejerce una violencia radical al texto del Nuevo Testamento.

Que los conceptos del Rey de Israel y el Siervo Sufriente de Israel confluyeron en un solo hombre se aprecia de manera dramática en la visión celestial que se desplegó ante el apóstol Juan en la Isla de Patmos. En una parte de la visión, a Juan se le concedió dar un vistazo detrás del velo del cielo. Él oyó el clamor del ángel, "¿Quién es digno de abrir el libro y de quitarle los sellos?" (Apocalipsis 5:2). Juan informa con una apagada emoción que no se halló a nadie digno de esa tarea. Su decepción dio paso a la angustia: "Yo lloraba mucho al ver que no había nadie digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo" (5:4). En ese instante, un anciano lo consoló, diciendo: "No llores, pues el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido y puede abrir el libro y quitarle sus siete sellos" (5:5). A esto le sigue un abrupto y notorio cambio en el tenor de la narrativa, a medida que una sensación de efusiva expectación reemplaza la atmósfera de desesperación. Juan espera la aparición del León triunfante.

La ironía se completa cuando Juan no ve un León sino un Cordero inmolado parado en medio de los ancianos. Juan relata que el Cordero tomó el rollo de la mano derecha del que estaba sentado en el trono, y miles de ángeles cantaban: "Digno es el Cordero inmolado de recibir… la honra, la gloria y la alabanza" (5:12). Aquí, el León y el Cordero son la misma persona. El Siervo domina como Rey.

El Hijo del Hombre

En el Concilio de Calcedonia, en el siglo V, la iglesia cristiana intentaba encontrar una fórmula que llamara la atención tanto hacia la plena humanidad de Jesús como a su plena deidad. Las palabras en las que la iglesia convino en el 452 D. C. fueron "*vere homo, vere Deus*". Esta fórmula significaba que Jesús era verdaderamente humano y verdaderamente Dios, poniendo de relieve sus dos naturalezas.

En el Nuevo Testamento, encontramos que a Jesús se lo llama Hijo del Hombre e Hijo de Dios a la vez. Al aparecer de esta manera, estos dos títulos nos ponen en la fuerte tentación de asumir que "Hijo de Dios" refiere exclusivamente a la deidad de Jesús, e "Hijo del Hombre" refiere exclusivamente a su humanidad. Sin embargo, abordar estos títulos de esa forma nos conduciría a un error muy grave.

En el título *Hijo del Hombre*, tropezamos con algo extraño y fascinante. Este es el tercer título más usado para Jesús en el Nuevo Testamento. Ocurre ochenta y cuatro veces, ochenta y uno de ellas en los cuatro Evangelios. Casi en cada caso en que encontramos este título es Jesús quien lo usa para describirse a sí mismo. Así, aunque es solo el tercero en orden de frecuencia de los títulos que describen a Jesús en el Nuevo Testamento, es el número uno en lo que respecta a la auto-denominación de Jesús. Obviamente era su título favorito para sí mismo. Esto es evidencia de la integridad de los escritores bíblicos al preservar un título para Jesús que ellos mismos eligieron con tan poca frecuencia. Ellos deben haberse visto tentados a poner sus propios títulos favoritos en los labios de Jesús. Hoy en día es común aducir que el retrato bíblico es meramente la creación de la iglesia primitiva más bien que una reflexión precisa sobre el Jesús histórico. Si ese fuera el caso,

sería extremadamente improbable que la Iglesia primitiva pusiera en labios de Jesús un título que ellos mismos casi nunca usaron para describirlo.

¿Por qué usó Jesús el título *Hijo del Hombre*? Algunos asumen que fue debido a su humildad: que él evitó los títulos más exaltados y eligió éste como una forma humilde de identificarse con la humanidad inferior. Por cierto, hay un elemento de esa identificación en este uso, pero este título también aparece en el Antiguo Testamento, y su función allí es cualquier cosa menos algo modesto. Las referencias a la figura del Hijo del Hombre se encuentran en Daniel, Ezequiel, y algunos escritos no bíblicos del judaísmo rabínico. Aunque los estudiosos discrepan, el consenso histórico dice que Jesús adoptó el significado del término *Hijo del Hombre* según aparece en la obra visionaria de Daniel.

En el libro de Daniel, el Hijo del Hombre aparece en una visión del cielo. Se lo presenta ante el trono del "Anciano de Días" y se le da "el dominio, la gloria y el reino, para que todos los pueblos y naciones y lenguas le sirvieran. Y su dominio es eterno y nunca tendrá fin, y su reino jamás será destruido" (Daniel 7:14). Aquí, el Hijo de Hombre es un ser celestial, una figura trascendente que descenderá a la tierra a ejercer el rol de juez supremo.

El testimonio del Nuevo Testamento sobre la preexistencia de Jesús está inseparablemente ligado al motivo del Hijo del Hombre. Él es aquel que es enviado del Padre. El tema del *descenso* de Cristo es la base de su ascensión. "Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, que es el Hijo del Hombre" (Juan 3:13).

No basta con declarar que los escritores del Nuevo Testamento confesaron que Jesús era un ser celestial. Jesús no era un simple ser celestial; los ángeles son seres celestiales, pero no son como Jesús. Él fue descrito en un lenguaje restringido exclusivamente a la deidad.

Es interesante comparar la descripción gráfica de la visión de Daniel del Anciano de Días con la descripción de Juan del Hijo del Hombre en el Apocalipsis. Esta es la descripción de Daniel del Anciano de Días:

> Estuve mirando
> hasta que fueron puestos unos tronos
> y se sentó un Anciano de días.
> Su vestido era blanco como la nieve;
> el pelo de su cabeza, como lana limpia;
> su trono, llama de fuego,
> y fuego ardiente las ruedas del mismo.
> Un río de fuego procedía y salía de delante de él;
> miles de miles lo servían,
> y millones de millones estaban delante de él.
> El Juez se sentó
> y los libros fueron abiertos (Daniel 7:9-10 RV95).

En comparación, esta es la descripción del Hijo del Hombre exaltado:

> Me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de los siete candelabros a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos, como llama de fuego. Sus pies eran semejantes al bronce pulido, refulgente como en un horno, y su voz como el estruendo de muchas aguas. En su diestra tenía siete estrellas; de su boca salía una

> espada aguda de dos filos y su rostro era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza… Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era millones de millones, y decían a gran voz: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 1:12-16; 5:11-12 RV95).

Que el Hijo del Hombre era una figura de esplendor y poder no puede pasarse por alto. Su deidad se aprecia no solo en el retrato del Antiguo Testamento, sino también en la comprensión de Jesús. Jesús vinculó al Hijo del Hombre con la creación al decir: “El Hijo del Hombre es también Señor del día de reposo” (Marcos 2:28). Reclamar el señorío sobre el día de reposo es reclamarlo sobre la creación. El día de reposo no era una mera parte de la legislación sinaítica, sino una ordenanza de la creación dada por el Señor de la Creación. Jesús también dijo: “Para que ustedes sepan que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados…” (Lucas 5:24). Aquí Jesús se atribuyó una autoridad que, para los judíos, era una prerrogativa exclusiva de Dios. Para los judíos, las implicaciones de esta atribución no pasaron inadvertidas. Ellos intentaban matar a Jesús precisamente porque su atribución de deidad se oyó fuerte y clara. El Hijo del Hombre vino del cielo a juzgar al mundo. Él separaría las ovejas de los cabritos; él vendría en las nubes de gloria al final de la era.

El Hijo del Hombre que viene del cielo, sin embargo, no es alguien que sea pura deidad, sino uno que entra en nuestra humanidad mediante encarnación. Es probable que el concepto paulino de Jesús como el segundo Adán fuera una elaboración del motivo del Hijo del Hombre.

Además de los títulos provenientes de estas tres líneas de expectativa —Hijo de David, Siervo Sufriente, Hijo del Hombre—, el Nuevo Testamento utiliza diversos otros títulos para Jesús. Veamos ahora más de cerca algunos de ellos.

Jesús como Señor

Hemos visto que Cristo es el título usado con mayor frecuencia para Jesús en el Nuevo Testamento. La segunda designación más utilizada para él es *Señor*. Tan importante es este título para la comprensión bíblica de Jesús que se convirtió en parte integral del más temprano credo cristiano, la simple declaración “Jesús es Señor”. *Señor* es el título más elevado conferido a Jesús.

A la gente de países como Estados Unidos a veces le cuesta captar plenamente el significado del título *Señor*. Un inglés que yo conozco visitó nuestro país en la década de 1960 y pasó su primera semana en Filadelfia visitando sitios históricos tales como el Hall de la Independencia o la Campana de la Libertad a fin de familiarizarse con la cultura estadounidense. También visitó varias tiendas de antigüedades especializadas en recuerdos de la Colonia y la Revolución. En una de esas tiendas, él vio varios a fiches y letreros que contenían eslóganes de la Revolución tales como “Sin representación no hay impuestos” y “No me pisotees”. Hubo un letrero que captó especialmente su atención. Éste proclamaba con letras en negrita: “AQUÍ NO SERVIMOS A NINGÚN SOBERANO”. Mientras observaba el letrero, se preguntaba de qué manera las personas inmersas en semejante cultura antimonárquica podían llegar a entender la noción del reino de Dios y la soberanía que le pertenece al Señor. El concepto de señorío investido en una persona es repugnante para la tradición americana, y no obstante, eso es lo que el Nuevo Testamento le atribuye abiertamente a Jesús, afirmando que a él se le ha conferido la absoluta autoridad soberana y el poder imperial.

El sinónimo de *señor* en el Nuevo Testamento es la palabra griega *kurios*. Esa palabra se usaba en diversas formas en el mundo antiguo. En su uso más común, funcionaba como un tratamiento de cortesía como *señor* o *don*, o el inglés *sir*. Tal como la palabra *sir* puede usarse en un sentido

corriente o un sentido especial, así también ocurría con *kurios*. En Inglaterra, a los hombres nombrados caballeros se les da el título de *sir*, y en ese caso la palabra pasa de un uso común a un uso formal.

Un segundo uso de *kurios* en la cultura griega era el de un título dado a hombres de la clase aristocrática que poseían esclavos. Este título se usó figurativamente para Jesús a través del Nuevo Testamento, donde sus discípulos lo llaman "Maestro". Pablo frecuentemente introduce sus epístolas diciendo, "Pablo: esclavo de Jesucristo". La palabra que él usa es *doulos*. No podía haber un esclavo (*doulos*) sin un señor (*kurios*). Pablo declaró: "Ustedes no son dueños de sí mismos. Porque ustedes han sido comprados" (1 Corintios 6:19-20). Aquí se ve al creyente como una posesión de Jesús; Jesús es dueño de su pueblo. Él no es un déspota o un tirano, como esperaríamos en una situación terrenal de amo/esclavo. La ironía del señorío del Nuevo Testamento es que solo en la esclavitud de Cristo el hombre puede descubrir la auténtica libertad. La ironía se lleva más lejos con la enseñanza del Nuevo Testamento de que es mediante una relación de amo/esclavo con Jesús que la persona se libra de la servidumbre en este mundo. Este giro en la enseñanza se encuentra particularmente en los escritos del apóstol Pablo.

El tercer y más importante significado de *kurios* era el uso imperial. Aquí, el título se le concedía a alguien que tenía soberanía absoluta sobre un grupo de personas. Se trata de un uso que a menudo se entendía políticamente.

Tal vez el aspecto más impactante del título *Señor* fue su relación con el Antiguo Testamento. La traducción griega del Antiguo Testamento utilizaba la palabra *kurios* para traducir el término hebreo *adonai*, un título usado para Dios. El nombre sagrado de Dios, Yahvé, o Jehová, no se pronunciaba, y a menudo en la liturgia de Israel se reemplazaba por otra palabra. Cuando se usaba un sustituto para el inefable nombre de Dios, la opción habitual era *adonai*, un título que ponía de relieve el absoluto dominio de Dios sobre la tierra.

En varias versiones de la Biblia, tanto *Jehová* como *adonai* se traducen por el término español *Señor*, aunque se hace una distinción entre ellos en el modo de impresión. Cuando se traduce *Jehová*, la palabra generalmente se imprime en mayúsculas, y la "S" es más grande: "SEÑOR". Cuando la palabra hebrea es *adonai*, se imprime "Señor". El Salmo 8, por ejemplo, comienza así: "¡Oh SEÑOR, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!" (LBLA). El hebreo sería, "Oh Jehová, adonai nuestro, cuán glorioso…" Aquí, *Jehová* funciona como el nombre de Dios y *adonai* se usa como un título.

Un pasaje del Antiguo Testamento que se cita con frecuencia en el Nuevo Testamento es el Salmo 110. Aquí, en efecto, encontramos algo extraño. El Salmo 110 dice: "Así dijo el Señor a mi Señor: 'Siéntate a mi derecha'" (NVI). Jehová le habla a Adonai, a quien se considera el Señor de David y está sentado a la derecha de Dios. En el Nuevo Testamento, Jesús está exaltado a la derecha de Dios y recibe el título *Señor*. Este es el título que está "sobre todo nombre" y se le confiere a Jesús en su ascensión. Jesús, al estar a la derecha de Dios, es elevado al sillón de autoridad cósmica donde toda autoridad en el cielo y la tierra se deja en sus manos, y él recibe el título *Adonai* que anteriormente estaba restringido a Dios el Padre. La naturaleza exaltada del título puede verse no solo a partir de este contexto, sino también por el uso en su forma superlativa. Cuando a Jesús se lo llama "Señor de señores", no cabe ninguna duda de lo que se quiere decir.

El título *Señor* es tan central en la vida de la comunidad cristiana del Nuevo Testamento que la palabra inglesa *church* (iglesia) deriva de él. La palabra griega para iglesia es *ekklesia*, que se traspasa al inglés en la palabra *ecclesiastical*. La palabra inglesa *church* es similar en sonido y forma a la palabra para "iglesia" en otros idiomas: *kirk* en Escocia, *kerk* en Holanda, y *kirche* en Alemania, todas estas palabras derivan de una misma raíz. Esa fuente es la palabra griega *kuriache*, que significa "los que pertenecen al *kurios*". De este modo, *church* en su origen literal significa "el pueblo que

pertenece al Señor”.

Un comentario intrigante en el Nuevo Testamento es esta afirmación: “Nadie puede llamar ‘Señor’ a Jesús, si no es por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Algunos han señalado que esta es una contradicción, porque en otras ocasiones Jesús dice que la gente en efecto profesa que él es Señor sin *creerlo* realmente. Jesús concluye el Sermón del Monte con la sombría advertencia, “En aquel día, muchos me dirán: ‘Señor, Señor…’ Pero yo les diré claramente: ‘Nunca los conocí. ¡Apártense de mí!’” (Mateo 7:22-23). Puesto que es evidente que las personas pueden honrar a Cristo con sus labios mientras sus corazones están lejos de él, de manera que pueden pronunciar las palabras “Jesús es Señor”, ¿qué quiere decir la Biblia cuando afirma, “Nadie puede llamar ‘Señor’ a Jesús, si no es por el Espíritu Santo”?

Hay dos formas en las que podemos responder esta pregunta. La primera sería afirmar lo que se entiende tácitamente en el texto pero no se dice expresamente. Es decir, nadie puede decir que Jesús es Señor y creerlo excepto por el Espíritu Santo. Eso sería teología sólida, y tenemos licencia literaria para completar el calificativo no expresado. Sin embargo, puede que aquí haya algo más concreto en consideración. En el momento en que se escribió este texto, a los cristianos se los consideraba enemigos del orden establecido de Roma y culpables de traición por negarse a suscribir al culto de adoración al emperador. La prueba de lealtad al imperio era la recitación pública de las palabras “*Kaiser kurios*” (“César es señor”). Los cristianos se negaron a recitar este juramento, aun cuando les costaba la vida. Cuando se les llamaba a pronunciarlo, ellos lo sustituían por “*Iesous ho Kurios*” (Jesús es Señor). Los cristianos estaban dispuestos a pagar impuestos, a honrar al César cuando se le debía honor, a dar al César lo que era de César. Sin embargo, el exaltado título *Señor* le pertenecía solo a Jesús, y los cristianos pagaban con su vida el sostener esa afirmación. La declaración del texto bíblico, “Nadie puede llamar ‘Señor’ a Jesús, si no es por el Espíritu Santo” puede haber referido al hecho de que en aquellos días las personas vacilaban en hacer una declaración tan audaz como esa en público, a menos que estuvieran dispuestas a atenerse a las consecuencias.

El Hijo de Dios

El Nuevo Testamento registra pocos casos en que se escuche a Dios hablando desde el cielo. Cuando lo hizo, normalmente era para anunciar algo sorprendente. Dios estaba celoso por anunciar que Jesucristo era su Hijo. En el bautismo de Jesús, se abrieron los cielos y se oyó la voz de Dios, diciendo, “Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mateo 3:17). En otro lugar, el Padre declaró desde el cielo, “Éste es mi Hijo amado. ¡Escúchenlo!” (Marcos 9:7). De este modo, el título conferido a Jesús desde lo alto es *Hijo de Dios*.

Este título ha desatado bastante controversia en la historia de la iglesia, en particular en el siglo IV, cuando el movimiento arriano, siguiendo el ejemplo de su líder, Arrio, negó la Trinidad argumentando que Jesús era un ser creado. Las referencias a Jesús como “el primogénito de toda la creación” (Colosenses 1:15) y el “unigénito del Padre” (Juan 1:14) llevaron a Arrio a aducir que Jesús tuvo un comienzo en el tiempo y en consecuencia era una criatura. Para el pensamiento de Arrio, si Jesús fue engendrado, ello solo podía significar que no era eterno, y si no era eterno, entonces era una criatura. Así, atribuirle deidad a Jesús era ser culpable de blasfemia, porque ello implicaba la adoración idolátrica de un ser creado. La misma controversia se da hoy entre los creyentes cristianos y los mormones y los testigos de Jehová; estos dos últimos reconocen una elevada visión de Jesús sobre los ángeles y otras criaturas pero niegan su plena deidad.

Esta controversia decantó en el gran concilio ecuménico de Nicea. El Credo Niceno proporciona una interesante respuesta a los cargos del arrianismo. La respuesta se halla en la extraña declaración

de que Jesús es “engendrado, no creado”. Para los griegos, tal declaración era una contradicción en las palabras. En términos normales, *engendrado* implica un comienzo, pero cuando se aplica a Jesús, existe una singularidad en la forma en que él es engendrado que lo separa de todas las demás criaturas. A Jesús se lo llama el *monogenes*, el “unigénito”, el “único engendrado” del Padre. Hay un sentido en el que Jesús y solo Jesús es engendrado del Padre. A esto apuntaba la iglesia cuando decía que Jesús era engendrado eternamente; que él era engendrado, no creado.

Esta unicidad se encuentra no solo en el carácter eterno de Jesús, sino también en el hecho de que la condición de Hijo de Jesús conlleva una descripción de intimidad con el Padre. La significación primaria de la cualidad de hijo en el Nuevo Testamento radica en su referencia figurativa a la obediencia. Así, ser un hijo de Dios bíblicamente es ser alguien que está en una relación única de obediencia a la voluntad de Dios. Asimismo, el motivo del primogénito más tiene que ver con la preeminencia que con la biología. El término “engendrado” es una palabra griega llena de contenido judío. Nicea no estaba coqueteando con la irracionalidad, sino que estaba siendo fiel a la Escritura al usar la insólita fórmula “engendrado, no creado”.

El Logos

El título *Logos* se usa poco en el Nuevo Testamento para Jesús. Lo encontramos especialmente en el prólogo al Evangelio de Juan, donde leemos, “En el principio ya existía la Palabra [*Logos*]. La Palabra estaba con Dios, y Dios mismo era la Palabra”. A pesar de su escaso uso, este título se convirtió en el punto focal del desarrollo teológico de la comprensión de Jesús en la iglesia cristiana durante los primeros tres o cuatro siglos de la historia de la iglesia. Éste era el concepto dominante por medio del cual los teólogos de la iglesia consideraban su doctrina de Jesús. Las grandes mentes de Alejandría, de Antioquía, de Oriente y Occidente, se desvivieron en un exhaustivo estudio del significado de este título. El título se presta, acaso más que cualquier otro, para profundas especulaciones filosóficas y teológicas. Eso ocurre precisamente porque el término *logos* ya era un término cargado, rico en significado contra el trasfondo de la filosofía griega.

Como en el caso de los demás títulos que hemos considerado, existe un significado corriente y un significado más técnico para *logos*. El significado corriente para este término es simplemente “palabra”, “pensamiento” o “concepto”. Las traducciones del Nuevo Testamento al español normalmente traducen *logos* por “palabra” y a veces por “verbo”. Sin embargo, desde el prólogo de Juan vemos que *logos* también tenía un significado elevado. La palabra castellana “lógica” deriva de *logos*, como también el sufijo *ología*, que a menudo se adjunta a palabras que designan disciplinas y ciencias académicas. Por ejemplo, teología es “theoslogos”, una palabra o concepto de Dios. Biología es “bioslogos”, una palabra o concepto de la vida.

Un filósofo cristiano, Gordon H. Clark, ha sugerido que los primeros versos del Evangelio de Juan podrían traducirse adecuadamente de esta forma: “En el principio era la lógica, y la lógica estaba con Dios y la lógica era Dios… y la lógica se hizo carne”. Tal traducción puede enfurecer a los cristianos porque al parecer representa una patente forma de racionalismo, reduciendo al Cristo eterno a un mero principio racional. Sin embargo, eso no es lo que el Dr. Clark se proponía con ello. Él simplemente estaba diciendo que en el propio Dios existe una coherencia, unidad, consistencia y simetría por la cual todas las cosas de este mundo se reúnen bajo su dominio. Dios expresa este principio de coherencia que proviene desde el interior de su propio ser por su Palabra, que en sí misma es coherente, consistente y simétrica. A Cristo se lo identifica con el *Logos* eterno dentro de Dios mismo, lo cual le confiere orden y armonía al mundo creado.

Este principio de coherencia crea el vínculo entre la visión cristianizada del *Logos* de Juan, y el

concepto que se hallaba en la antigua filosofía griega. Los antiguos griegos estaban preocupados por encontrar el significado último del universo y el elemento del cual todo estaba hecho. Ellos percibían la vasta diversidad de las cosas creadas y buscaban algún punto de unidad que le diera sentido a todo. En lo que respecta al arte griego, los pensadores de aquella época detestaban el caos y la confusión. Ellos querían comprender la vida de forma unificada. Así, en muchas teorías filosóficas que aparecieron antes de que se escribiera el Nuevo Testamento, la palabra griega *logos* funcionaba como un importante concepto. Pensamos por ejemplo en Heráclito, un temprano filósofo griego, al que muchos todavía reverencian como el santo patrón del existencialismo. Heráclito tenía una teoría de que todo estaba en un estado de cambio y que todas las cosas en última instancia estaban compuestas de alguna forma de fuego. Sin embargo, Heráclito requería alguna explicación para el origen y la raíz de las cosas, y lo situó en una teoría abstracta de un *logos*.

El mismo concepto lo encontramos en la filosofía estoica e incluso antes en la filosofía presocrática. En el pensamiento griego temprano, no había un concepto de un Dios personal trascendente que creó el mundo en orden y armonía por su sabiduría y soberanía. Cuando mucho, había una especulación acerca de un principio abstracto que ordenaba la realidad e impedía que se convirtiera en una difusa confusión. A este principio abstracto ellos lo denominaron *nous* (que significa “mente”) o el *logos*, un principio filosófico impersonal. El concepto del *logos* jamás se consideró un ser personal que se involucrara en las cosas de este mundo; la idea funcionó meramente como una abstracción necesaria para dar cuenta del evidente orden del universo.

Los estoicos con los que Pablo debatió en el Areópago tenían la noción de que todas las cosas estaban compuestas de un fuego seminal último, al que ellos llamaban *Logos Spermatikos*. Esto refería a la palabra seminal, la palabra que contiene un poder creativo, la palabra que engendra vida y orden y armonía. Todos hemos oído la expresión, “cada persona posee una chispa de divinidad”. Esta noción no se originó en el cristianismo sino entre los estoicos. Los estoicos creían que cada objeto en particular tenía una partícula del fuego seminal divino, pero, una vez más, el *logos* en el concepto estoico seguía siendo impersonal y abstracto.

Para el tiempo en que los Evangelios fueron escritos, la noción del *logos* era una cargada categoría filosófica. El apóstol Juan dejó caer una bomba teológica en la arena filosófica de su tiempo al mirar a Jesús y hablar de él no como un concepto impersonal sino como la encarnación del *Logos* eterno. Él no usó el término de la misma forma en que lo usaban los griegos, sino que él lo bautizó y lo llenó de significado judeocristiano. Para Juan, el *Logos* era intensamente personal y radicalmente distinto de aquel que se hallaba en la filosofía especulativa griega. El *Logos* era una persona, no un principio.

El segundo escándalo para la mente griega era que el *Logos* se encarnara. Para el antiguo griego, no había peor piedra de tropiezo que la idea de la encarnación. Dado que los griegos tenían una visión dualista del espíritu y la materia, era impensable que Dios, si realmente existía, alguna vez tomara en sí mismo la carne humana. Este mundo de cosas materiales era visto como algo intrínsecamente imperfecto, y que el *Logos* se vistiera con las galas de un mundo material era algo repulsivo para cualquiera que estuviese inmerso en la filosofía griega clásica. El apóstol Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, miró al Cristo histórico y personal y vio en él la manifestación de la persona eterna por cuyo trascendente poder todas las cosas están unidas. Este concepto, quizá más que ningún otro, claramente puso atención a la deidad de Cristo en su total significación cósmica. Él es el *Logos* que creó el cielo y la tierra. Él es el poder trascendente detrás del universo. Él es la realidad última de todas las cosas.

Juan dijo que el *Logos* no solo está con Dios: él *es* Dios. No hay una declaración más directa ni una más clara afirmación de la deidad de Cristo que podamos encontrar en la Escritura que el primer verso del Evangelio de Juan. El griego dice literalmente, “Dios era la Palabra” (traducido usualmente

al español como “la Palabra era Dios”). Los modernos testigos de Jehová y los mormones han intentado obviar este pasaje con una astuta distorsión. Algunas de sus traducciones cambian el texto y simplemente dicen “la Palabra era como Dios”. Los griegos tenían una palabra para “como” que no aparece en ninguna parte de este texto de Juan. La simple estructura, “Dios era la Palabra” solo puede significar una identificación entre Jesús y deidad. Otra forma en que los mormones y los testigos de Jehová tratan de evadir este pasaje es aduciendo que el artículo definido no aparece en el texto. Ellos afirman eso porque la Biblia no dice que la Palabra era *el* Dios, sino que sencillamente dice que la Palabra *era* Dios, y que eso no implica el peso de una afirmación de deidad. En consecuencia, quedaríamos con la declaración de que la Palabra era “un dios”. Si eso fuera lo que Juan trataba de comunicar, los problemas que esta solución origina son mayores que los que resuelve. Nos deja con un Juan afirmando una patente forma de politeísmo. En el contexto de literatura bíblica, queda claro que no hay más que un solo Dios. La Biblia es monoteísta de principio a fin. La ausencia o presencia del artículo definido no tiene relevancia teológica alguna en este texto.

Existe cierta dificultad con el texto en cuanto a que se dice que la Palabra está *con* Dios y *es* Dios a la vez. Aquí encontramos que la Palabra tanto se distingue de Dios como se identifica con Dios. Es por causa de textos como éste que la iglesia consideró necesario formular su doctrina de Dios en términos de la Trinidad. Debemos ver un sentido en el que Cristo es lo mismo que Dios el Padre y no obstante debemos ser capaces de distinguirlo del Padre. La idea de distinguir y no obstante identificar no es algo intrusivo en el texto del Nuevo Testamento sino una distinción que textos tales como Juan 1 exigen. El Padre y el Hijo son un ser, y no obstante se distinguen en cuanto a personalidad así como por la obra y ministerio que realizan.

En el primer capítulo de Juan, la idea de que el *Logos* está “con” Dios es significativa. El idioma griego posee tres palabras que pueden traducirse por la palabra castellana “con”. La primera es *sun*, que se traslada al español como el prefijo *sin*. Lo encontramos en palabras tales como *sincronizar*, *sincretismo*, *sinagoga*, etc. Una sinagoga, por ejemplo, es un lugar donde las personas se reúnen con otras personas. “Estar con” en el sentido de *sun* es estar presente en un grupo, estar reunido con otras personas. Se refiere a un conjunto de personas.

La segunda palabra que puede traducirse por la palabra castellana “con” es *meta*, que significa “estar junto a”. Cuando pensamos en una persona que está junto a otra las imaginamos paradas codo a codo. Si yo diera un paseo codo a codo con otra persona, estaría con ella en el sentido de *meta*.

El idioma griego tiene una tercera palabra que se puede traducir por “con”, y es la palabra *pros*. Esta aparece con menos frecuencia que las demás, pero está en la raíz de otra palabra griega, *prosepone*, que significa “rostro”. Esta forma de “estar con” es la más íntima de las tres. Juan está diciendo aquí que el *Logos* existía con Dios, *pros* Dios, es decir, cara a cara en una relación de eterna intimidad. Este era el tipo de relación que el hebreo del Antiguo Testamento anhelaba tener con su Dios. El *Logos* disfruta de este tipo de relación íntima, cara a cara con el Padre desde toda la eternidad. El Padre y el Hijo son uno en su relación así como en su ser.

En el prólogo de Juan (1:1-14), el concepto del *Logos* llega a su clímax cuando leemos, “Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria (la gloria que corresponde al unigénito del Padre)”. La palabra traducida por “habitó” aquí significa literalmente “hizo su tienda entre nosotros”. Tal como Dios habitó con el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento por medio del tabernáculo, así el tabernáculo del Nuevo Testamento es la Palabra encarnada, el *Logos* que encarna la verdad de Dios mismo. Él es la mente de Dios hecha carne, que viene a habitar con nosotros en carne y huesos. Cuando hace su aparición, se trata de una manifestación de su gloria. Como nos dice Juan: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad” (1:4).

Jesús como Salvador

Hay otros títulos destacables que se atribuyen a Jesús. Él es el Rabí, el segundo Adán, el Mediador. Pero ningún título captura su obra con mayor plenitud que Salvador. Los creyentes de la iglesia primitiva dieron testimonio de esto cuando usaban el signo del pez como su críptica señal de identificación. El acróstico formado por las letras de la palabra griega para “pez” refiere a “Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador”.

El propio Dios le puso nombre a Jesús cuando era un infante. *Jesús* significa “el Señor salva”, o “aquel por quien el Señor salva”. Así, el propio nombre de Jesús lleva consigo la idea de salvador. Sus títulos —*Logos*, *Mesías*, *Hijo del Hombre*— señalan las calificaciones de Jesús para ser el Salvador de los hombres. Solo él posee las credenciales para ofrecer expiación, para triunfar sobre la muerte, para reconciliar a las personas con Dios.

Aquí es donde la relevancia de Jesús impacta nuestras vidas, trayendo una crisis. Aquí es donde nos paramos sobre la línea de la impasible investigación académica y entramos al ámbito de la vulnerabilidad personal. Sostenemos inacabables debates sobre cuestiones de religión y filosofía, sobre ética y política, pero cada persona debe en última instancia enfrentar el asunto personal abiertamente: “¿Qué hago con mi pecado?”

Que yo peco y que tú pecas es algo que nadie discute excepto los hombres más deshonestos. Nosotros pecamos. Nos agraviamos unos a otros. Asaltamos la santidad de Dios. ¿Qué esperanza tenemos en una confusión tan terrible? Podemos negar nuestro pecado o incluso la existencia de Dios. Podemos exclamar que no somos responsables por nuestras vidas. Podemos inventar un Dios que perdona a todo el mundo sin exigir arrepentimiento. Todas estas vías son planteamientos engañosos. Solo hay uno que califica como Salvador. Solo él tiene la capacidad de resolver nuestro dilema más abismal. Solo él tiene el poder de la vida y la muerte.

Los títulos de Jesús nos dicen quién es él. En ellos, no obstante, está contenido un tesoro de nociones acerca de lo que él ha hecho. Su persona y su obra convergen en el drama de la vida. Pasamos ahora a una consideración de la cronología de su carrera, subrayando aquellos episodios en los que persona y obra confluyeron en el plan divino/humano de redención.



La vida de Jesús

Los registros de la vida y el ministerio de Jesús causan controversia desde el comienzo mismo. La extraordinaria narración de las circunstancias en torno a su concepción y nacimiento suscita alaridos de protesta de parte de los críticos de lo sobrenatural. Ellos deben comenzar su tarea de desmitologización a poco andar, aplicando las tijeras en la primera página del Nuevo Testamento. Después de la tabla genealógica de Mateo, el primer párrafo del primer Evangelio dice lo siguiente: "El nacimiento de Jesucristo fue así: María, la madre de Jesús, estaba comprometida con José, pero antes de unirse como esposos se encontró que ella había concebido del Espíritu Santo" (Mateo 1:18).

Aunque el Nuevo Testamento está lleno de milagros en torno a la persona de Jesús, al hombre moderno ninguno le parece más ofensivo que el nacimiento virginal. Si hay una ley de la ciencia que esté establecida como inmutable e inquebrantable, es que la reproducción humana es imposible sin la unión del espermatozoide masculino y el óvulo femenino. Puede que hayamos desarrollado sofisticados métodos de inseminación artificial e implantaciones intrauterinas producidas en tubos de ensayo, pero de alguna manera el proceso de reproducción requiere de la contribución de ambos géneros de la raza para tener éxito.

Así, el nacimiento de Jesús viola lo inviolable; vulnera lo invulnerable; quebranta lo inquebrantable. Se argumenta que es un acto lisa y llanamente *contra naturam*. Aun antes de leer acerca de las actividades de la vida de Jesús, somos arrojados de cabeza contra esta aseveración. Muchos escépticos le cierran la puerta a una mayor investigación después de leer la primera página del registro. La historia suena demasiado mágica, demasiado similar al tipo de mitos y leyendas que tiende a crecer en torno a los retratos de personas famosas.

Los argumentos contra el nacimiento virginal son muchos. Varían desde la acusación de adoptar un bagaje mitológico del mundo grecoparlante, con paralelos evidentes en la mitología pagana (se cita la *Metamorfosis* de Ovidio como "Evidencia A"), hasta el desmentido científico de que el nacimiento virginal representa un suceso único empíricamente no verificable que niega todos los cocientes probabilísticos. Algunos han ofrecido un desesperado argumento exegético tratando de

demostrar que el Nuevo Testamento no enseña la idea del nacimiento virginal. La llamamos la exégesis de la desesperación.

El verdadero problema es el del milagro. Éste no termina con el nacimiento de Jesús, sino que lo sigue durante su vida, ministerio, muerte, resurrección, y ascensión. La vida de Jesús lleva el aura del milagro en cada lugar donde se la describe en las fuentes primarias. Un Jesús privado de lo milagroso no es el Jesús bíblico, sino la invención de aquellos que no pueden tolerar la proclamación bíblica. Semejante Jesús es el Jesús de la incredulidad, el Jesús más mítico de todos, invocado para que se ajuste a los moldes preconcebidos de la incredulidad.

Detrás del problema del milagro radican ciertos supuestos acerca de la realidad de Dios el Creador. La narrativa de la infancia en Mateo plantea interrogantes no solo acerca de la partenogénesis, sino acerca del génesis mismo. La creación es el único suceso que derrota a todos los sucesos únicos. No es tan sorprendente que un Dios que tiene el poder de traer el universo a la existencia desde la nada (*ex nihilo*) —sin una materia preexistente con la cual trabajar, sin medios, sino por el enorme poder omnipotente de su voz— también pueda producir el nacimiento de un bebé fertilizando de manera sobrenatural un óvulo material en el vientre de una mujer. Lo que desafía la lógica es que una tropa de teólogos conceda lo primero pero niegue lo último. Ellos aceptan el nacimiento sobrenatural del todo pero niegan la posibilidad de la parte. Debemos hacer la dolorosa pregunta: ¿realmente creen ellos en Dios en primer lugar, o la creencia en el Creador que profesan es una mera convención social, un velo sobre una más fundamental incredulidad?

La inexorable ley de causalidad

Tal vez la ley más inexorable de la naturaleza sea la ley de causalidad. Los efectos requieren causas. Si el universo es un efecto, en el todo o en parte, entonces requiere una causa que sea suficiente para el efecto. La causa puede ser mayor que su efecto, pero por cierto no puede ser menor. La ciencia moderna no ha eliminado la ley de causalidad, aunque algunos pensadores desatinados han intentado hacerlo cuando el prejuicio lo requiere. La otra opción a la causalidad es que algo proviene de la nada; no se afirma una causa: ni causa material, ni causa eficiente, ni causa suficiente, ni causa formal, ni causa final. Esa teoría no es ciencia sino magia. No, ni siquiera puede ser magia; la magia requiere de un mago. La ley de que algo no puede venir de la nada (*ex nihilo nihil fit*) permanece irrefutable.

¿No afirma el cristianismo que el universo viene de la nada? ¿Acaso no afirmamos una creación *ex nihilo*? Así es, efectivamente. Sin embargo, esa “nada” hace referencia a la ausencia de una causa *material*. Existe una causa *suficiente* para el universo. Existe una causa *eficiente* para el universo. Existe un Dios que posee en sí mismo el poder de crear. Dios tiene el poder del ser en sí mismo. Tal afirmación no es gratuita, ni es la mera afirmación dogmática de la religión. Es un dictado de la ciencia y la razón. Si algo es, entonces algo tiene intrínsecamente el poder del ser. Si no, solo nos quedan dos opciones: 1) el ser viene de la nada, o 2) nada existe (una contradicción). Estas opciones serían más milagrosas que los milagros si tal cosa fuera posible.

Algunos tratan de eludir el dilema señalando hacia el propio universo o alguna parte de él aún no descubierta como la eterna fuente del ser. Ellos tratan de explicar el mundo presente diciendo que no se requiere un ser sobrenatural o trascendente para dar cuenta de la presencia del ser. Argumentar de esta forma es caer en una seria confusión del lenguaje. El universo exhibe efectos diariamente. La naturaleza cambia. El significado mismo de *sobre*natural o *trascendencia* refiere a cuestiones del ser. Se dice que un ser es trascendente, no porque esté espacial o geográficamente situado en el lado más alejado de Marte, sino porque tiene un especial poder de ser —un orden superior de ser— definido

precisamente como aquel que tiene el poder de ser en sí mismo. Dónde está, o qué es, es una cuestión secundaria. Yo sé que no reside en mí. No soy yo. Mi propia existencia depende de ello; sin él, yo voy a la nada. Yo sé que soy un efecto y lo mismo era mi madre y su madre antes que ella. Si retrocedemos infinitamente el problema, agravamos el problema infinitamente. El hombre moderno cuela el mosquito y se traga el camello cuando piensa que puede tener un mundo existente sin tener un Dios auto-existente.

La cuestión del nacimiento virginal no es tanto una cuestión filosófica como una histórica. Si alguien a quien llamamos Dios tiene el poder del ser —soberano poder causal eficiente y suficiente —, entonces no podemos objetar racionalmente el nacimiento virginal sobre la base de que eso no podría ocurrir.

La verdadera interrogante no es si *pudo* suceder, sino si *efectivamente* sucedió. Se convierte entonces en una cuestión de historia y nos lleva una vez más a las fuentes históricas. Tales fuentes deben ser aceptadas o rechazadas sobre la base de su credibilidad, una credibilidad que quizá no esté pre-determinada por el prejuicio filosófico. El propósito de este capítulo no es primordialmente evaluar la veracidad de estas fuentes históricas —eso requiere un trabajo aparte—, sino repasar su contenido para que podamos examinar el único retrato histórico de Jesús con el que contamos.

El nacimiento de Jesús

Mateo comienza con una sobria y audaz declaración: “El nacimiento de Jesucristo fue *así*” (Mateo 1:18, énfasis añadido). Mateo se propone decirnos no solo qué sucedió, sino cómo sucedió.

Mateo se enfoca particularmente en el carácter extraordinario del nacimiento de Jesús, capturando la agónica consternación de José. José era un hombre sencillo, sin acceso a la sofisticada tecnología de nuestro tiempo. Nada sabía de la fertilización *in vitro* y no conocía los debates acerca de la partenogénesis. Él no comprendía las simples reglas de la biología que son de conocimiento común para los estudiantes de secundaria de hoy. Él vivía en una era pre-científica en una comunidad pre-científica. Con todo, José no tenía que ser un biólogo experimentado para saber que a los bebés no los trae la cigüeña. Debemos recordar que los nacimientos virginales eran tan inusitados en el siglo I como en el siglo XXI.

José era extremadamente vulnerable. Él había comprometido su vida con María, confiando en su pureza en una sociedad donde el adulterio era escandaloso. Su prometida vino a él con una devastadora revelación: “José, estoy embarazada”. María entonces procedió a explicar su condición diciéndole a José que la había visitado un ángel quien declaró que ella tendría un hijo por el Espíritu Santo. José respondió considerando amablemente “divorciarse de ella en secreto”. No hay evidencia de resentimiento o una violenta ira de parte de José. Él eligió que no la apedrearan, sino que comenzó a pensar en formas de proteger a María de las consecuencias de sus desvaríos.

En el texto bíblico queda claro que José fue el primer escéptico empedernido acerca del nacimiento virginal, hasta que un ángel lo visitó y lo convirtió al “desvarío”. No había otro modo. ¿Qué hombre creería semejante historia con una evidencia menos que milagrosa que la atestiguara?

El camino desde la concepción de Jesús hasta su nacimiento, desde Zacarías, Elizabeth, María, y José hasta los pastores en las afueras de Belén, estuvo rodeado de ángeles. Ellos aparecían en cada recodo, saturando el acontecimiento de lo sobrenatural.

Con la actividad de los ángeles en toda la trama, el crítico trabaja tiempo extra con sus tijeras. Necesita un cuchillo eléctrico para hacer su tarea, pues los ángeles aparecen en el nacimiento, la tentación, la resurrección, y la ascensión de Jesús. Se promete que ellos serán parte de la comitiva de su regreso. Las palabras *ángel* o *ángeles* aparecen con mayor frecuencia en el Nuevo Testamento que

la palabra *pecado*. Aparecen más a menudo que la palabra amor. Apliquemos la tijera a los ángeles y estaremos implicados, no en crítica bíblica, sino en vandalismo bíblico.

Los peregrinos se congregan diariamente en los sitios sagrados de la vida de Jesús. Ellos siguen la ruta de la *Via Dolorosa*; discuten acerca del sitio auténtico del Gólgota y la tumba en el jardín. Los montes modernos compiten por el reconocimiento como el sitio del Sermón del Monte. No obstante, el campo en las afueras de Belén no está en disputa como el lugar donde la gloria de Dios se hizo visible a los pastores, donde los pies de los ángeles se posaron sobre el polvo de la tierra. El panorama del radiante esplendor envió a estos hombres a Belén, obedeciendo el mandato "vayan y vean".

El bautismo de Jesús

El comienzo del ministerio público de Jesús estuvo marcado por su venida al Río Jordán y su presentación ante Juan el Bautista para bautizarse. El bautismo es hoy algo común para nosotros, una de las más establecidas de todas las liturgias de la práctica de la fe cristiana. A los cristianos del siglo XXI no les sorprende el hecho de que Jesús fuera bautizado, ni nos causa un especial entusiasmo el ministerio de Juan el Bautista. Un judío del siglo I, sin embargo, consideraba la actividad de Juan el Bautista como algo radical.

A la luz de la enseñanza del Nuevo Testamento, los cristianos de hoy entienden el bautismo como un signo de la limpieza del pecado. Sin embargo, el Nuevo Testamento enseña que Jesús no tenía pecado. ¿Por qué habrá venido el Hijo de Dios a presentarse para el bautismo, cuando ello simbolizaba la limpieza del pecado?

"En aquellos días Juan el Bautista se presentó predicando en el desierto de Judea, y decía: 'Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado'. Éste es aquel de quien el profeta Isaías dijo: 'Una voz clama en el desierto: Preparen el camino del Señor; enderecen sus sendas'" (Mateo 3:1-3).

El relato bíblico no comienza con el ministerio público de Jesús, sino más bien con el ministerio público de Juan el Bautista. La voz de la profecía había estado en silencio en Israel por cuatrocientos años. Entre el tiempo de Malaquías y el ministerio de Juan el Bautista, no se había escuchado ni un solo pronunciamiento profético. La llegada de Juan el Bautista señaló un significativo comienzo, no solo en la historia nacional de Israel, sino en lo que llamamos la historia de la redención. Algo nuevo entraba en escena cuando Juan llegaba cumpliendo el retrato y el carácter del precursor del Mesías. La última profecía que se encuentra en el último párrafo del Antiguo Testamento dice:

Acuérdense de la ley de mi siervo Moisés, a quien en Horeb le di ordenanzas y leyes para todo Israel. Tomen en cuenta que, antes de que llegue el día grande y terrible del Señor, yo les enviaré al profeta Elías. Y él hará que el corazón de los padres se vuelva hacia los hijos, y que el corazón de los hijos se vuelva hacia los padres, para que yo no venga a destruir la tierra por completo" (Malaquías 4:4-6).

El último profeta del Antiguo Testamento, Malaquías, dijo que antes de que apareciera el Mesías, regresaría el profeta Elías. Durante siglos, el pueblo de Israel esperó, planificó y buscó el retorno de Elías. Cuando Elías dejó este mundo, su partida fue extraordinaria. Él escapó de los dolores normales de la muerte, al ser llevado al cielo corporalmente en un carro de fuego. Debido a su inusual partida, había un misterio asociado a este hombre.

La figura de Juan el Bautista era extraña. Él salió del desierto, el lugar de encuentro tradicional entre Dios y su pueblo, a donde los profetas iban a tener comunión con Dios y a recibir sus órdenes de marcha de parte de Jehová. Llevaba ropas extravagantes, vestido con un cinto de piel de camello.

Comía langostas y miel silvestres. En resumen, su aspecto era el de un hombre salvaje, un inadaptado de la sociedad. Con ello, hacía eco del estilo de Elías.

La reacción pública a Juan el Bautista era electrizante. Mientras las masas corrían a verlo, el Sanedrín envió delegados al Río Jordán a investigar. La primera pregunta que le hicieron fue, “¿eres tú Elías?” Juan contestó de manera misteriosa: “No lo soy… yo soy la voz de uno que clama en el desierto, ‘preparen el camino del Señor’”. Juan dijo que él no era Elías. Cuando a Jesús le hicieron la misma pregunta acerca de Juan el Bautista, les declaró a sus discípulos: “Él es Elías, el que había de venir” (Mateo 11:14). Su declaración estaba redactada con enigmáticas palabras introductorias: “Si quieren recibirlo”. Jesús estaba anunciando que la profecía del Antiguo Testamento de Malaquías se cumplía en el ministerio de Juan el Bautista. No había una identidad exacta entre Juan y Elías; Juan no era la reencarnación de Elías. Sin embargo, él restableció el ministerio, el poder, y el oficio de Elías. Él vino en el espíritu de Elías, cumpliendo la misión de Elías.

Cuando planteamos la pregunta, “¿quién es el profeta más grande del Antiguo Testamento?”, la lista de candidatos usualmente incluye a titanes proféticos tales como Isaías, Jeremías, Ezequiel, o Daniel. Hay uno que está por encima de todos ellos, reclamando este singular honor: Juan el Bautista. Juan *era* un profeta del Antiguo Testamento. Su ministerio está registrado en el Nuevo Testamento, pero su actividad tuvo lugar en lo que todavía era historia veterotestamentaria. Jesús declaró: “Todos los profetas y la ley profetizaron *hasta* Juan” (Mateo 11:13). La palabra hasta en el texto tiene la fuerza de “hasta llegar a e incluyendo”. Juan a la vez cierra la línea de profetas del Antiguo Testamento y proporciona un puente, una transición al Nuevo Testamento.

Jesús declaró que “entre los que nacen de mujer, no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista. Aun así, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él” (Mateo 11:11). ¿Cómo puede ser así? Supongamos que yo califico para el rango del menor en el reino. ¿Eso hace a Sproul mayor que Juan el Bautista? ¿Mayor en qué sentido? ¿Más devoto? ¿Más justo? ¿Más instruido? Ni Dios lo permita. Jesús estaba diciendo que cualquiera que viva a este lado de la cruz, a este lado de la resurrección, a este lado del nuevo pacto, a este lado de la inauguración del reino de Dios, disfruta de una mucho mejor situación, una mucho mayor bendición que Juan el Bautista. Juan fue testigo ocular de Jesús de Nazaret y el heraldo de la llegada del reino de Dios, pero murió antes de la inauguración del reino.

Juan pertenece a la línea de profetas del Antiguo Testamento, y sin embargo difiere de todos ellos en un punto crucial. Los profetas del Antiguo Testamento predijeron que algún día vendría el Mesías, un “algún día” oscurecido por vagas referencias al futuro. Juan fue escogido por Dios para ser el heraldo, el escolta que guiaría al Mesías. Ese “algún día” se convirtió en los días de Juan. Su mensaje no fue, “arrepiéntanse, porque viene el reino”, sino más bien, “Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2). ¡Ya se había acercado!

Juan utilizó dos importantes metáforas para poner de relieve la urgencia del momento. Él dijo, “El hacha ya está lista para derribar de raíz a los árboles”, y “Ya tiene el bieldo en la mano” (Lucas 3:9, 17). Las imágenes de Juan evocan la visión de un leñador que va al bosque con su hacha y comienza a talar un inmenso árbol. Él traspasa el borde exterior del bosque y ve que tiene una enorme tarea por delante. A medida que avanza en su trabajo, el hacha penetra hasta el corazón del árbol, y el gigantesco roble se tambalea en una delgada astilla. Un hachazo más y el árbol se viene a tierra. Este es el momento de un avance. Juan estaba declarando que el reino estaba a punto de llegar de un golpe.

La imagen del agricultor con el “bieldo” en su mano está tomada del ambiente agrícola de los tiempos de Juan. Él se refería a una herramienta de aventar que usaban los agricultores para separar el trigo de la paja. El agricultor recogía la mezcla de trigo y paja y la arrojaba al viento, donde las corrientes de aire fuesen lo bastante fuertes para arrastrar la paja. El agricultor ya había pasado el

tiempo de preparación. Ya había ido a la bodega de las herramientas a buscar su bieldo. Había llegado el momento de tomar el bieldo para la tarea de la separación. Juan habla del momento de la historia, el momento crítico en que los hombres serán juzgados si están a favor del reino de Dios o en su contra. El Rey ha llegado, y su llegada trae crisis a la humanidad.

El bautismo que inició Juan tenía muchos puntos de continuidad y paralelos con el rito del bautismo que Jesús instituyó posteriormente, el cual se convirtió en un sacramento de la iglesia, pero no eran exactamente lo mismo. El bautismo de Juan estaba diseñado y dirigido exclusivamente a Israel, para llamar a la nación judía a prepararse para la llegada de su rey. Las raíces del bautismo se encuentran en el Antiguo Testamento, donde los gentiles conversos al judaísmo eran sujetos a un rito de limpieza llamado bautismo de prosélitos. Para que un gentil se hiciera judío, tenía que hacer tres cosas. Tenía que hacer una profesión de fe en la que abrazaba la enseñanza de la ley y los profetas; tenía que circuncidarse; y tenía que purificarse mediante el bautismo de prosélitos. El gentil era considerado impuro y contaminado. Para entrar a la casa de Israel tenía que darse un baño. La radical dimensión del ministerio de Juan era que de pronto él exigía que los judíos se sometieran al bautismo. Los gobernantes de Israel no pasaron por alto la escandalosa ofensa del mensaje de Juan. Juan estaba diciendo: "El reino de Dios se acerca y ustedes no están listos. A los ojos de Dios, ustedes están tan impuros y contaminados como un gentil". La gente humilde de la comunidad reconocía su necesidad de limpieza, pero los clérigos estaban furiosos. El ministerio de Juan encendía tanta reacción popular que el gran historiador judío Josefo le dio más espacio a su registro de Juan el Bautista que al de Jesús.

Cuando Jesús apareció en el Jordán, Juan rompió en una letanía de alabanza, loando a Jesús como el Cordero de Dios. Él declaró que Jesús debía crecer mientras él debía menguar, y que él, Juan, era indigno de inclinarse y desatar el calzado de Jesús. Estas elevadas declaraciones se vinieron al suelo cuando Jesús dio un paso adelante y le dijo a Juan: "Quiero que me bautices". Juan no podía creerlo y retrocedió horrorizado por la sugerencia de que debía bautizar al Cristo. Juan quiso invertir los papeles y hacer que Jesús lo bautizara a él, pero Cristo se rehusó.

La comprensión teológica de Juan era limitada. Él sabía que el Mesías debía ser el Cordero de Dios y sabía que el cordero pascual no debía tener defecto. Pero lo abrumaba el hecho de que Jesús se acercara al río como un judío sucio que necesitaba darse un baño.

Las palabras exactas que Jesús le dijo a Juan son importantes para nuestra comprensión de este suceso: "Por ahora, déjalo así, porque conviene que cumplamos toda justicia" (Mateo 3:15). Con estas palabras, Jesús evitó una larga discusión teológica. En realidad, él le dijo: "Tú solo haz lo que te digo, Juan. Ya habrá tiempo para tratar de entenderlo".

Jesús fue bautizado para cumplir toda justicia. Esto era consistente con su misión de guardar cada jota y cada tilde de la ley. Jesús asumió cada obligación que Dios le había impuesto a la nación judía. Para ser el portador de los pecados de la nación, era imprescindible que él cumpliese cada requerimiento que Dios le exigía a Israel. Jesús era escrupuloso, meticuloso, de hecho puntilloso en su celo por la ley de su Padre. Él fue presentado en el templo como infante, fue circuncidado, y abrazó la nueva obligación del bautismo que Dios le había impuesto a la nación.

El bautismo de Jesús no solo llevaba la señal de su identificación con un pueblo pecador; también señalaba su consagración, su ungimiento para la misión que el Padre le había encomendado. Su bautismo selló su destino, causando que su rostro se volviera como pedernal hacia Jerusalén. En una ocasión posterior, Jesús les dijo a sus discípulos: "¿Acaso pueden… ser bautizados con el mismo bautismo que voy a recibir?" (Marcos 10:38). Él fue bautizado para morir. Fue designado para ser el cordero del sacrificio, y en su ordenación los cielos se abrieron y Dios habló de forma audible, diciendo: "Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo 3:17).

La tentación de Cristo

El Nuevo Testamento relata que inmediatamente después de que Jesús pasó por el rito del bautismo, fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado. Él acababa de oír la voz del cielo que decía: “Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco”, y el Espíritu había descendido sobre él en forma de paloma. Este mismo Espíritu “llevó” a Jesús (no lo invitó, ni le pidió, ni lo indujo) al desierto.

¿Cómo es posible que el Nuevo Testamento diga que Dios conduce a Jesús a la tentación? En Santiago 1:13 se nos dice explícitamente que nadie que sea tentado debiera decir que es tentado por Dios, porque nuestras tentaciones ocurren al surgir de nuestros propios deseos o disposiciones pecaminosas. ¿Fue Jesús una excepción a esta regla? La palabra tentar se usa en al menos dos formas en la Escritura. Por una parte, está el sentido de tentación que sugiere una incitación o seducción hacia el pecado. Dios nunca se permite algo así. Por otra parte, está la tentación que tiene el significado de “ser probado”, o pasar por un examen de probación moral. Es este significado el que describe la prueba de Jesús en el desierto.

La tentación de Jesús presenta un impactante paralelo con la prueba de Adán en el Jardín del Edén. Se observan tanto similitudes como diferencias entre el primer Adán del Génesis, y aquel que el Nuevo Testamento llama el segundo Adán, Jesús. Ambos fueron probados no solo por causa de sí mismos, sino en lugar de los demás. La prueba de Adán fue para la totalidad de la raza humana. Como cabeza federal de la humanidad, Adán representaba a toda la humanidad. Su caída fue nuestra caída. Jesús representó una nueva humanidad al enfrentar los fuegos de la nueva probación.

Las respectivas locaciones de las pruebas brindan un estudio contrastivo. La tentación de Jesús ocurrió en un área desolada de las remotas colinas del desierto de Judea, un terrible lote inmobiliario. Las únicas criaturas nativas de esa zona eran arañas, serpientes, escorpiones y algunas aves silvestres. Era un lugar rocoso, baldío, y caluroso, no apto ni para humanos ni para bestias. La prueba de Adán ocurrió en un jardín del paraíso adornado de un entorno exuberante y majestuoso. Donde Adán contemplaba un paisaje de frondosa vegetación, Jesús miraba una pila de rocas.

Jesús soportó la tentación en soledad, en lo que Søren Kierkegaard denominó la peor situación de ansiedad humana, la soledad existencial. Jesús estaba completamente solo. Adán fue probado cuando disfrutaba de la ayuda y el ánimo de una compañía que Dios había creado para él. Adán fue probado en medio de la comunión humana, en intimidad, de hecho. Jesús, sin embargo, fue probado en la agonía de la privación de fraternidad humana.

Adán fue probado en medio de un banquete. Su ambiente era el sueño de un gourmet. Él enfrentó a Satanás con el estómago lleno y su apetito saciado. Con todo, él cedió ante la tentación para agasajarse con un manjar más. Jesús fue tentado después de un ayuno de cuarenta días, cuando cada fibra de su cuerpo pedía comida a gritos. Su hambre había ido en aumento, y fue en el momento de un deseo físico consumidor que Satanás llegó con la tentación para interrumpir el ayuno.

Es la similitud entre las pruebas, sin embargo, lo que más nos interesa captar. La cuestión central, el punto de ataque, era el mismo. La cuestión de fondo no era, en ninguno de ambos casos, un asunto de comida; el asunto era una cuestión de creerle a Dios. No era una cuestión de creer en Dios, sino de creerle a Dios. En la mente de Adán no cabía duda de que Dios existía; él había pasado tiempo en una comunicación cara a cara con Dios. Jesús estaba igualmente seguro de la existencia de Dios. La prueba se centraba en creerle a Dios cuando se precisaba.

La serpiente, descrita en Génesis como la más astuta de las bestias del campo, se entrometió en el idílico dominio de Adán y Eva. Su ataque inicial no fue directo, sino que vino a modo de una insinuación. Él planteó una simple pregunta, que apenas disimulaba un pensamiento blasfemo. Una tenue sombra de duda se arrojó de pronto sobre la integridad de la palabra de Dios. “¿Así que Dios

les ha dicho a ustedes que no coman de ningún árbol del huerto?" (Génesis 3:1).

Esta era una pregunta ridícula, tan palmariamente falsa que su error no pasó inadvertido para Eva. Como un Teniente Columbo primordial, la serpiente embrolló a Eva aparentando ingenuidad, manipulándola para que ella subestimara la astucia de la serpiente. Eva se apresuró a corregir el error. Desde luego, Dios no había hecho semejante prohibición negativa total. Todo lo contrario: Dios había declarado que podían comer libremente de todos los árboles del jardín, excepto uno. Esta restricción era leve y trivial comparada con la vasta extensión de libertad concedida en el jardín.

La sutil sugerencia ya estaba hecha. La intención secreta ya estaba en acción, insinuando la idea que formalizó el filósofo francés Jean-Paul Sartre: si el hombre no es totalmente libre, si no disfruta de autonomía, no es realmente libre en absoluto. A menos que la libertad sea absoluta, no es más que una ilusión, una fachada que esconde la realidad de la servidumbre. Esta fue la insinuación de la serpiente, una sugerencia que no solo recibió Eva, sino todos sus hijos. Si asentimos a las peticiones de nuestros hijos quince veces seguidas, y luego rompemos la racha con un "no", la respuesta es inmediata: "¡Nunca me dejas hacer *nada*!"

Démosle crédito a Eva. Ella enfrentó la primera oleada del ataque de la serpiente con valor. Ella defendió el honor de Dios poniendo las cosas en claro. Pero la serpiente cambió sagazmente de táctica, pasando de inmediato a un ataque directo con un ariete diabólico: "No morirán… serán como Dios" (Génesis 3:4-5). Satanás no estaba convidando con una tajada de fruta, sino que estaba ofreciendo la promesa de la deificación. Sus palabras eran una clara y directa contradicción a lo que Dios había dicho.

Existe una trágica ironía en el lema que han adoptado algunos teólogos de nuestro tiempo. Alérgicos a la racionalidad y sospechosos de la lógica, se glorían en mezclar el cristianismo y la filosofía existencial. El lema sentencia que "la contradicción es el sello de la verdad". Se dice que la verdad es tan elevada, tan santa, que no solo trasciende el poder de la razón: también la contradice. La verdad religiosa no solo es *supra*-racional; también se la considera *contra*-racional.

Apliquemos este lema a la prueba de Adán. Adán, quien gozaba de una capacidad intelectual aún no afectada por las consecuencias de la caída, oye las palabras de la serpiente. De inmediato reconoce que las palabras de la serpiente chocan con las de Dios. Dios había dicho que si ellos comían del árbol, morirían. La serpiente dijo que si comían, ellos no morirían. Adán aplica los cánones de la lógica a la proposición. Dios dijo: "Si haces A, necesariamente seguirá B". La serpiente dijo, "si haces A, no seguirá B". "A ver", musitó Adán, "eso viola la ley de no contradicción". Adán conduce el pensamiento con riguroso análisis. La serpiente está diciendo una contradicción. La contradicción es el sello de la verdad. Dios es la verdad. Ergo, por lógica irresistible, la única conclusión de Adán es que la serpiente es un embajador de Dios. Ahora bien, no solo es un privilegio de Adán comer la fruta antes prohibida, sino que es su deber moral. Resistir la contradicción es resistir el sello de la verdad. Para este modo de pensamiento, la caída de Adán no fue caída sino un gran salto adelante para la humanidad.

Decir que la contradicción es el sello de la verdad es alcanzar el nadir de la teología. Ya no puede caer más bajo. Si la contradicción es heraldo de la verdad, no tenemos forma de distinguir entre verdad y falsedad, entre obediencia y desobediencia, entre justicia e injusticia, entre Cristo y el anticristo. En cuanto a la Biblia, la contradicción es el sello de la mentira. Puede que la verdad sea misteriosa, de hecho incluso paradójica, pero nunca, nunca, jamás contradictoria. La serpiente dijo la primera contradicción, y Jesús declaró acertadamente que era mentirosa desde el principio, el padre de las mentiras. Adán aceptó la mentira. Él quiso capturar el mismísimo trono de Dios, infamando con ello la veracidad de su creador.

Jesús enfrentó la misma cuestión en su prueba. Satanás emplea la misma sutileza en sus palabras introductorias: "*Si* eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan" (Mateo 4:3, énfasis

añadido). Nótese que Satanás no introdujo sus palabras de tentación diciendo “*Puesto que* eres el Hijo de Dios…” ¿Cuáles fueron las últimas palabras que resonaron en los oídos de Cristo antes de entrar al desierto? “Éste es mi Hijo amado…” Puede que se haga difícil confiar en esas palabras después de soportar cuarenta días de privación. Es difícil decir que Jesús estuviera disfrutando de las prerrogativas del Príncipe del Cielo. El sutil ataque de Satanás fue el mismo punto de invasión que funcionó con tanto éxito en el Edén: “¿Acaso Dios ha dicho…?”

Jesús evadió la sutileza con una respuesta inequívoca: “Escrito está…” Estas palabras eran una fórmula semítica para decir “la Biblia dice…” Él reprendió a Satanás con una cita de la Escritura: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Es como si Jesús estuviera diciendo: “Por supuesto que tengo hambre. Ya sé que puedo convertir las piedras en pan. Pero hay cosas más importantes que el pan. Yo vivo por la Palabra de Dios. Esa es mi vida”.

El diablo se rehusó a desistir. Llevó a Jesús al pináculo del templo y lo tentó otra vez: “*Si* eres Hijo de Dios, lánzate hacia abajo; porque escrito está: ‘A sus ángeles mandará alrededor de ti’” (Mateo 4:6, énfasis añadido). Satanás recitó la Escritura, torciéndola para sus propósitos. La prueba era clara: “Si la Palabra de Dios es verdadera, ponla a prueba: salta, y ve si los ángeles te agarran”.

Jesús respondió a la Escritura con la Escritura, recordándole a Satanás que la Biblia prohíbe tentar a Dios. Quizá el diálogo fue algo así: “Me doy cuenta, Sr. Satanás, que usted es un astuto estudiante de la Biblia. Incluso se ha aprendido de memoria algunas partes destacadas. Pero su hermenéutica es mediocre; usted pone la Escritura contra la Escritura. Yo sé que el Padre ha prometido que enviaría a los ángeles a cuidarme. No tengo que saltar del pináculo para comprobarlo. Ahora mismo el Padre me está probando; no lo voy a probar yo a él”.

Aun así, Satanás rehusó rendirse. Llevó a Jesús a una alta montaña y le mostró todos los reinos del mundo y le dijo: “Todo esto te daré, si te arrodillas delante de mí y me adoras” (Mateo 4:9). Ellos estaban en un país lejano, fuera de vista de cualquier espectador. Nadie iba a observar un pequeño acto de traición. Bastaba con arrodillarse levemente. ¿Por qué no?

El Padre ya le había prometido a Jesús todos los reinos del mundo, pero el precio era la cruz. No podía haber exaltación sin humillación. Satanás ofreció una forma fácil. Sin copa amarga, sin pasión, sin burlas. Una flexión de la rodilla y el mundo era de Cristo.

Jesús respondió: “Escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás’” (Mateo 4:10). No podía haber concesiones.

¿Puedes imaginarte el diálogo compuesto en términos del siglo XXI? Satanás acusa: “Jesús, tú eres rígido y de mente estrecha. ¿Tan pedante eres sobre la Escritura que prefieres la muerte antes que transigir con un solo verso? ¿No entiendes que la ley que citas está obsoleta? Viene del Pentateuco, y ahora sabemos que ni siquiera la escribió Moisés. Ella refleja las creencias primitivas de gente inculta, envuelta en mitología primitiva y tabúes supersticiosos”.

“Lo siento”, dice Jesús. “Es la Escritura, y la Escritura no puede ser quebrantada”.

Jesús le creyó a Dios, así que Satanás se alejó de él. Donde Adán fracasó, Jesús triunfó. Donde Adán transigió, Jesús se rehusó a negociar. Donde la confianza de Adán en Dios flaqueó, Jesús jamás vaciló. El segundo Adán triunfó por sí mismo y por nosotros.

Falta un paralelo que observar. Al final de la prueba de Jesús, aparecieron ángeles para servirlo, precisamente como el Padre había prometido. Adán también vio un ángel. Este ángel llevaba una espada flamígera mientras hacía guardia a las puertas del paraíso. Aquella espada expulsó a Adán para que viviera al este del Edén.

La pasión de Cristo

Si hay un suceso ocurrido en este planeta que sea demasiado elevado y demasiado santo para que lo entendamos, es la pasión de Cristo: su muerte, su expiación, y su abandono por parte del Padre. Nos sentiríamos totalmente intimidados al hablar de todo esto si no fuera por el hecho de que Dios en su Palabra nos ha dejado la revelación de su significado. En esta sección, quiero enfocarme en la interpretación bíblica de la muerte de Cristo en la cruz.

Cada vez que analizamos un suceso histórico, revivimos los hechos, y a veces discutimos acerca de lo que realmente ocurrió, qué se dijo, qué se observó. Sin embargo, una vez que nos ponemos de acuerdo sobre los hechos (o sobre nuestras discrepancias), todavía nos queda la pregunta más importante que podamos plantear: ¿cuál es el significado de este suceso?

Las personas que observaron a Cristo cuando tropezaba hacia el Gólgota, quienes lo vieron entregado a los romanos, y que presenciaron su crucifixión, comprendieron la significancia de este suceso de diversas maneras. Había algunos presentes que pensaron que estaban viendo la justa ejecución de un criminal. Caifás, el sumo sacerdote, dijo que la muerte de Cristo era necesaria y que tenía que morir por el bien de la nación. Él vio la crucifixión como un acto de apaciguamiento político. Un centurión que observaba cómo moría Jesús, dijo: “¡En verdad, éste era Hijo de Dios!” (Mateo 27:54). Poncio Pilato, los dos ladrones que fueron crucificados junto a Jesús; todos, al parecer, tenían una comprensión distinta de lo que significaba la cruz.

La cruz ha sido uno de los temas favoritos de la especulación teológica durante dos mil años. Si hiciéramos una lectura de las diversas escuelas de pensamiento teológico de nuestro tiempo, encontraríamos una multitud de teorías rivales sobre qué sucedió realmente en la cruz. Algunos dicen que fue la ilustración suprema de amor sacrificial. Otros dicen que fue el acto supremo de valentía existencial, mientras todavía otros dicen que fue un acto cósmico de redención. La disputa no acaba.

Sin embargo, no solo tenemos el registro de los sucesos en la Escritura, fundamentalmente los Evangelios, sino que también contamos con la interpretación que Dios hace de esos sucesos, especialmente en las epístolas. En Gálatas 3:13, pablo analiza el significado de la cruz, sintetizando toda la enseñanza del capítulo en un solo verso: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, y por nosotros se hizo maldición (porque está escrito: ‘Maldito todo el que es colgado en un madero’)”.

Un judío instruido del mundo antiguo habría comprendido claramente este motivo de la maldición, pero en nuestro tiempo suena un tanto foráneo. Para nosotros, el concepto mismo de “maldición” implica algo supersticioso. Cuando escucho la palabra maldición, pienso en Oil Can Harry en *Los peligros de Paulina*, quien dice, “maldición, otra vez me burlaron” cuando el héroe salva a la heroína de sus garras. Otro puede pensar en el comportamiento de las tribus primitivas que practican el vudú, en el que se pinchan con alfileres pequeños muñecos a modo de réplicas mientras se lanza una maldición contra un enemigo. Podemos pensar en la maldición de la tumba de la momia en las películas de terror de Hollywood con Vincent Price y Bela Lugosi. Una maldición en nuestros días y nuestra época se considera como algo que pertenece al ámbito de la superstición.

En las categorías bíblicas, una maldición tiene un significado totalmente distinto. En el Antiguo Testamento, la maldición refiere al juicio negativo de Dios. Es el antónimo, lo opuesto a la palabra *bendición*. Sus raíces se remontan a los relatos de la entrega de la ley en el libro de Deuteronomio cuando se estableció el pacto con Israel. No había pacto sin sanciones endosadas, disposiciones sobre la recompensa para los que cumplían con los términos del pacto y el castigo para los que lo quebrantaban. Dios le dijo a su pueblo: “Dense cuenta de que hoy pongo ante ustedes la bendición y la maldición. La bendición, si ustedes atienden a los mandamientos que yo, el Señor su Dios, hoy les mando cumplir. La maldición, si no atienden a los mandamientos que yo, el Señor su Dios, hoy les mando cumplir, y se apartan del camino para ir tras dioses ajenos que nunca antes conocieron” (Deuteronomio 11:26-28). La maldición es el juicio de Dios a la desobediencia, a las transgresiones de su santa ley.

El significado de la maldición se puede captar más ampliamente al observarla en contraste con su opuesto. En hebreo, la palabra *bendito* a menudo se define en términos bastante concretos. En el Antiguo Testamento, después de que se rompió la comunión con Dios en el Edén, las personas aún podían tener una relación cercana con Dios, pero había una prohibición absoluta. A nadie se le permitía mirar el rostro de Dios. Ese privilegio, esa visión beatífica, estaba reservada para el cumplimiento final de nuestra redención. Esta es la esperanza que tenemos, que un día podremos contemplar directamente el rostro descubierto de Dios. Todavía estamos bajo el mandamiento en que Dios dice: "Nadie puede ver mi rostro y seguir viviendo" (Éxodo 33:20). Sin embargo, los judíos siempre tuvieron la esperanza de que algún día se quitaría este castigo por la caída del hombre. Esto queda ilustrado en la bendición hebrea:

> ¡Que el Señor te bendiga, y te cuide!
> ¡Que el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia!
> ¡Que el Señor alce su rostro sobre ti, y ponga en ti paz! (Números 6:24-26).

Este es un ejemplo de paralelismo hebreo. Cada una de las tres líneas dice lo mismo: que el Señor te bendiga; que el Señor haga resplandecer su rostro; que el Señor alce su rostro sobre ti. Los israelitas entendían la bendición de manera concreta: ser bendecido era poder contemplar el rostro de Dios. Uno podía disfrutar de la bendición en grados relativos: cuanto más se acercaba uno a la relación última cara a cara, tanto más bendecido era. A la inversa, cuanto más alejado de esa relación cara a cara, tanto mayor la maldición. Así que, en contraste, en el Antiguo Testamento la maldición de Dios implicaba ser completamente expulsado de su presencia. La maldición total no permitía ni un vistazo de la luz de su rostro, ni siquiera a la distancia. Prohibía aun el reflejo de la gloria de un rayo de la refulgente luz que irradiaba del rostro de Jehová. Ser maldecido era entrar al lugar de absoluta oscuridad fuera de la presencia de Dios.

Este simbolismo se desarrolló a través de la historia de Israel y se extendió a la liturgia del pueblo judío. Se aplicaba a la posición del tabernáculo, la tienda del encuentro, que estaba diseñado para simbolizar la promesa de que Dios estaría en medio de su pueblo. Dios ordenó que el pueblo armara sus tiendas por tribus de tal modo que estuvieran reunidos en torno al punto central de la comunidad, donde se alzaba el tabernáculo, el lugar donde moraba Jehová. Solo al sumo sacerdote se le permitía entrar al centro del tabernáculo, al Lugar Santísimo, y solo una vez al año, el Día de la Expiación. Aun entonces, él solo podía entrar al lugar sagrado después de largas abluciones y rituales de limpieza. Dios estaba en medio de su pueblo, pero ellos no podían entrar en el Lugar Santísimo del tabernáculo, que simbolizaba la habitación de Dios.

En el Día de la Expiación, había dos animales involucrados en las ceremonias litúrgicas, un cordero y un chivo expiatorio. El sacerdote sacrificaba el cordero sobre el altar por los pecados del pueblo. El sacerdote también tomaba el chivo expiatorio y ponía sus manos sobre éste, simbolizando el traspaso de los pecados de la nación sobre la espalda del chivo. De inmediato se llevaba al chivo fuera del campamento al desierto, aquel lugar baldío de completa desolación —a la oscuridad exterior lejos de cualquier proximidad con la presencia de Dios. El chivo expiatorio recibía la maldición. Era arrancado de la tierra de los vivientes, arrancado de la presencia de Dios.

A fin de comprender la significancia de esta acción en su relación con Cristo, debemos volvernos al Nuevo Testamento. Juan comienza su Evangelio escribiendo: "En el principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba con Dios, y Dios mismo era la Palabra". El misterio de la Trinidad ha intrigado nuestras mentes por siglos. Sabemos que hay un sentido en el que el Padre y el Hijo son uno, y no obstante deben distinguirse, y ellos existen en una relación única. La relación, como lo explicó Juan, se describe con la palabra *con*. La Palabra estaba *con* Dios. Literalmente, Juan estaba diciendo que el

padre y el Hijo tienen una relación cara a cara, precisamente el tipo de relación con el Padre que a los judíos les estaba vedada. El judío del Antiguo Testamento podía entrar al tabernáculo y estar "con" (griego *sun*, con el significado de "con" en el sentido de presente en un grupo) Dios, pero nadie podía jamás estar cara a cara con (griego *pros*, con el significado de "con" en un sentido de cara a cara) Dios.

Cuando examinamos la crucifixión, es importante que recordemos que la relación de Jesús con el Padre representa lo máximo en beatitud y que su ausencia era la esencia de la maldición. Cuando leemos el relato de la pasión de Jesús, hay ciertos elementos que sobresalen. El Antiguo Testamento nos enseña que su propio pueblo lo entregó a los gentiles, a los extranjeros y ajenos al pacto. Después de su juicio ante las autoridades judías, fue enviado a los romanos para ser juzgado. No fue ejecutado por el método judío de lapidación. Porque las circunstancias de la historia del mundo de ese entonces impedían esa opción. Cuando se ejercía la pena capital bajo la ocupación romana, debía hacerse en las cortes romanas, así que la ejecución tenía que realizarse por el método romano de la crucifixión. Es significativo que Jesús fuera muerto a manos de los gentiles *fuera del campamento*. Su muerte ocurrió fuera de la ciudad de Jerusalén; Jesús fue llevado al Gólgota. El conjunto de todas estas acciones señalan la repetición del drama del chivo expiatorio que recibía la maldición.

Pablo nos dice que en la ley deuteronómica la maldición de Dios recae sobre cualquiera que es colgado en un madero, una maldición que no necesariamente se dirige a quienes sufren la muerte por lapidación. Jesús es colgado en un madero, cumpliendo en los mínimos detalles todas las disposiciones del Antiguo Testamento para la ejecución del juicio divino. El Nuevo Testamento ve la muerte de Jesús como más que un acto aislado o ilustración de valentía o amor, si bien su muerte puede ilustrar esas virtudes. Es más bien un suceso cósmico, una muerte expiatoria; es una maldición que se derrama sobre Cristo en lugar nuestro.

El teólogo suizo Karl Barth dijo que la palabra más importante del Nuevo Testamento es la palabrita griega *huper*. La palabra *huper* simplemente significa "en lugar de". La muerte de Jesús es en nuestro lugar. El propio Jesús lo dijo de muchas formas distintas: "Yo pongo mi vida por las ovejas… Nadie me la quita, sino que yo la doy por mi propia cuenta" (Juan 10:15, 18); "Porque ni siquiera el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos" (Marcos 10:45). Estas imágenes del Nuevo Testamento subrayan el concepto de sustitución.

Una vez di una ponencia pública sobre la relación entre el antiguo pacto y el nuevo. En medio de mi ponencia, un hombre saltó de su asiento al fondo de la sala. Él se puso furioso cuando yo sugerí que la muerte de Jesucristo había sido una muerte expiatoria, una muerte sustitutiva en lugar de otras personas. El hombre gritó desde el fondo de la sala: "¡Eso es primitivo y obsceno!" Después de reponerme de la sorpresa y ordenar mis pensamientos, le respondí: "Esas son las dos mejores palabras descriptivas que he oído para caracterizar la cruz".

¿Qué podría ser más primitivo? Una sangrienta representación como ésta, con todo el drama y el ritual, nos recuerda los tabúes primitivos. Es tan simple que la persona menos instruida, menos perspicaz, puede entenderlo. Dios nos proporciona una forma de redención que no se limita a una elite intelectual, sino que es tan ruda, tan tosca, que la persona primitiva puede comprenderla, y, al mismo tiempo, es tan sublime que causa consternación a los teólogos más brillantes.

La segunda palabra me gustó especialmente: *obsceno*. Es una palabra sumamente apropiada, porque la cruz de Cristo fue el suceso más obsceno de la historia humana. Jesucristo se convirtió en una obscenidad. En el momento en que estaba en la cruz, a él se le imputó el pecado del mundo tal como sucedía con el chivo expiatorio. La obscenidad del asesinato, la obscenidad de la prostituta, la obscenidad del secuestrador, la obscenidad del calumniador, la obscenidad de todos esos pecados, en tanto que ultrajan a las personas de este mundo, en un momento se concentraron sobre un solo hombre. Una vez que Cristo abrazó todo eso, se convirtió en la encarnación del pecado, el arquetipo

absoluto de la obscenidad.

Hay un sentido en el que Cristo en la cruz fue la persona más inmunda y grotesca en la historia del mundo. En sí mismo él era un cordero sin defecto, sin pecado, perfecto y majestuoso. Pero con la imputación, toda la fealdad de la violencia humana se concentró en su persona.

Una vez que el pecado se concentró en Jesús, Dios lo maldijo. Cuando la maldición de la ley se derramó sobre Jesús, él experimentó un dolor que jamás se había sufrido en los anales de la historia. Yo he escuchado sermones gráficos acerca del extremo dolor de los clavos en las manos, de ser colgado en la cruz, y de las tortuosas dimensiones de la crucifixión. Estoy seguro de que todos ellos son precisos y que se trataba de una terrible manera de ser ejecutado, pero miles de personas en la historia del mundo han padecido el extremo dolor de la crucifixión. Solo un hombre ha sentido alguna vez el dolor de la maldición de Dios sobre él en todo su rigor. Cuando la sintió, él gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos 15:34). Algunos dicen que él lo hizo simplemente por citar el Salmo 22. Otros dicen que él estaba desorientado por el dolor y no entendía lo que estaba sucediendo. Lo cierto es que Dios *efectivamente* lo abandonó. Esa es la cuestión central de la expiación. Sin abandono, no hay maldición. En ese momento, en el tiempo y el espacio, Dios le dio la espalda a su Hijo.

La intimidad de la relación *pros* que Jesús experimentó con el Padre sufrió una ruptura (en su naturaleza humana). En ese momento Dios apagó las luces. La Biblia nos dice que el mundo quedó envuelto en tinieblas; Dios mismo daba testimonio del trauma del momento. Jesús fue abandonado, fue maldecido, y él lo sintió. La palabra *pasión* significa “sentimiento”. En medio de su abandono, yo dudo de que Jesús siquiera estuviese consciente de los clavos en sus manos o las espinas en su frente. Él fue arrancado del Padre. Era un acto obsceno, y no obstante hermoso, porque por ello un día podremos experimentar la plenitud de la bendición de Israel. Miraremos la luz del rostro de Dios al descubierto.

La resurrección de Jesús

La vida de Jesús sigue un patrón de movimiento general desde la humillación a la exaltación. El movimiento no es estrictamente lineal, sin embargo, pues está interrumpido con escenas de contraste. El relato del nacimiento contiene tanto ignominia como majestad. Su ministerio público atrae elogios y burlas, bienvenida y rechazo, gritos de “¡Hosanna!” y “¡Crucifícalo!” Acercándose a la sombra de muerte, él exhibió el reluciente suceso de la transfiguración.

La transición desde el patetismo de la cruz a la grandeza de la resurrección no es abrupta. Hay un crescendo que se expande hasta el momento de la irrupción desde el sudario y la mortaja de la tumba. La exaltación comienza con el descenso de la cruz, inmortalizado en el arte cristiano clásico por la obra *Pieta*. Con la disposición del cuerpo de Jesús, se rompieron las reglas. En circunstancias judiciales normales, el cuerpo de un criminal crucificado era eliminado por el estado, arrojado sin ceremonia al *gehenna*, el vertedero en las afueras de Jerusalén. Allí el cuerpo era incinerado, recibiendo una forma pagana de cremación, despojado de la dignidad del funeral judío. Los fuegos del *gehenna* ardían de continuo como una necesaria medida de salud pública para eliminar los desechos de la ciudad. El *gehenna* le sirvió a Jesús como una metáfora adecuada para el infierno, un lugar donde las llamas jamás se extinguen y el gusano nunca muere.

Pilato hizo una excepción en el caso de Jesús. Tal vez le remordía la conciencia y tuvo compasión para acceder a la petición de sepultar a Jesús. O tal vez fue movido por una Providencia poderosa para asegurar el cumplimiento de la profecía de Isaías de que Jesús tendría su sepultura con los ricos o de la promesa de Dios de que no dejaría que su Santo viera corrupción. El cuerpo de Cristo fue

ungido con especias y envuelto en lino fino para ser puesto en la tumba que pertenecía al patricio José de Arimatea.

Durante tres días el mundo quedó a oscuras. Las mujeres del círculo de Jesús lloraban amargamente, y hallaron un escaso consuelo en el permiso para realizar el bondadoso acto de ungir su cuerpo. Los discípulos habían huido y se habían reunido a escondidas, con sus sueños esfumados por el grito “Consumado es”.

Durante tres días Dios guardó silencio. Luego gritó. Con un poder devastador, Dios hizo rodar la piedra y desató un impulso de energía de vida creativa, y la infundió una vez más en el cuerpo inmóvil de Cristo. El corazón de Jesús comenzó a latir, bombeando sangre glorificada a través de arterias glorificadas, enviando fuerza glorificada a los músculos atrofiados por la muerte. La mortaja no pudo sujetarlo cuando se puso en pie y abandonó la cripta. En un instante, lo mortal se volvió inmortal y la muerte fue absorbida por la victoria. En un momento de la historia, se dio respuesta a la pregunta de Job de una vez por todas: “Cuando un hombre muere, ¿acaso vuelve a vivir?” Este es el momento decisivo de la historia humana, cuando la miseria de la raza es transformada en grandeza. Aquí nació el *kerigma*, la proclamación de la iglesia primitiva, con el grito “él ha resucitado”.

Podemos ver este suceso como un símbolo, una fascinante historia de esperanza. Podemos reducirlo a un moralismo que declara, como dijo un predicador: “El significado de la resurrección es que nosotros podemos enfrentar el amanecer de cada nuevo día con valentía dialéctica”. La valentía dialéctica es la variedad inventada por Frederick Nietzsche, el padre del moderno nihilismo. La valentía dialéctica es una valentía en tensión. La tensión es ésta: la vida no tiene sentido, la muerte es lo definitivo. Debemos ser valientes, sabiendo que incluso nuestro valor carece de sentido. Esto es la negación de la resurrección envuelta en la desesperación de una truncada esperanza existencial.

Sin embargo, el Nuevo Testamento proclama la resurrección como un hecho histórico serio. Los primeros cristianos no estaban interesados en símbolos dialécticos sino en realidades concretas. El cristianismo auténtico se sostiene o se derrumba dependiendo del suceso espaciotemporal de la resurrección de Jesús. El término “cristiano” sufre la carga de mil calificativos y diez mil definiciones distintas. Un diccionario define a un cristiano como una persona civilizada. Por cierto, uno puede ser civilizado sin afirmar la resurrección, pero luego uno no puede ser cristiano en el sentido bíblico. La persona que afirma ser cristiana al tiempo que niega la resurrección habla con una lengua bífida, y debiéramos alejarnos de alguien así.

El relato de la resurrección ofendió la prueba del cociente probabilístico de David Hume. Rudolf Bultmann lo confina a la cáscara de la mitología que es innecesaria para la almendra de la verdad bíblica. Para Paul Van Buren, el teólogo de la muerte-de-Dios, la resurrección ni siquiera se enseña en la Biblia como un hecho histórico real. Él la moteja de “situación de discernimiento”, en la cual los discípulos repentinamente llegaron a “comprender” a Jesús, a “verlo” con una nueva luz. El tratamiento que le da Van Buren viola cualquier canon de análisis literario serio del texto bíblico. Que los escritores del Nuevo Testamento pretendieran declarar que un hombre muerto había vuelto a la vida está fuera de toda disputa literaria. Uno puede rechazar la idea, pero no que la idea fuese proclamada.

Incluso Bultmann concede la realidad histórica de la “fe pascual” de la iglesia primitiva. Sin embargo, él revierte el orden bíblico, aduciendo que fue la fe pascual lo que causó la proclamación de la resurrección. La Biblia aduce que fue la resurrección lo que causó la fe pascual. Esta sutil diferencia en la relación causal es la diferencia entre fe y apostasía. Los escritores bíblicos afirmaban ser testigos oculares del Cristo resucitado y certificaron la integridad de su fe con su propia sangre. La antigua iglesia estaba dispuesta a morir por ello; la iglesia moderna transige con ello, como lo demuestra la resistencia de una importante denominación a reafirmar la resurrección corporal sobre

la base de que esta doctrina es divisiva. La fe en la resurrección de Cristo es divisiva, en efecto, tal como dividió a los cristianos de los gladiadores y motivó que el hostil Nerón iluminara su jardín con antorchas humanas.

La resurrección de Jesús es radical en el sentido original de la palabra. Ella afecta a la *radix*, la "raíz" de la fe cristiana. Sin ella, el cristianismo se vuelve una religión como cualquier otra, diseñada para despertar nuestro sentido moral con trivialidades de sabiduría humana.

El apóstol Pablo expuso las obvias e irrefutables consecuencias de un cristianismo sin resurrección. Si Cristo no resucitó, argumentaba él, nos quedamos con la siguiente lista de conclusiones (1 Corintios 15:13-19):

1. Nuestra predicación es en vano.
2. Nuestra fe es ilusoria.
3. Somos testigos falsos de Dios.
4. Continuamos en nuestros pecados.
5. Nuestros seres queridos que han muerto están perdidos.
6. Somos los más desdichados de todos los hombres.

Estas seis consecuencias revelan claramente la conexión interna de la resurrección con la esencia del cristianismo. La resurrección de Jesús es el *sine qua non* de la fe cristiana. Eliminemos la resurrección y eliminaremos el cristianismo.

Los escritores bíblicos, no obstante, no basan su afirmación de la resurrección en su coherencia interna con el todo de la fe. No es simplemente una deducción lógica colegida a partir de otras doctrinas de la fe. No es que debamos afirmar la resurrección porque las alternativas sean nefastas. La resurrección no se afirma porque sin ella la vida sería desesperada o intolerable. La afirmación no se basa en especulaciones sino en datos empíricos. Ellos vieron al Cristo resucitado. Ellos hablaron con él y comieron con él. Ni su muerte ni su resurrección sucedieron en un rincón como la presunta revelación especial que recibió Joseph Smith. La muerte de Jesús fue un espectáculo público y una cuestión de registro público. El Cristo resucitado fue visto por más de quinientas personas a la vez. En este asunto, la Biblia presenta historia.

La más potente objeción planteada contra el relato bíblico de la resurrección de Jesús es la misma objeción planteada contra otros milagros bíblicos, a saber, que tal acontecimiento es imposible. Es irónico que el Nuevo Testamento aborde la cuestión de la resurrección de Cristo desde el punto de vista exactamente opuesto. En el discurso de Pedro en Pentecostés, él declaró: "Pero Dios lo levantó, liberándolo de los lazos de la muerte, porque era imposible que la muerte lo venciera" (Hechos 2:24).

Para presentar el principio aquí afirmado, debo permitirme el uso de una doble negación. Era imposible que Cristo *no* hubiese resucitado. Para que la muerte hubiese sujetado a Cristo habría sido necesaria la máxima e inconcebible violación de las leyes de la muerte. El hombre moderno ve como una inexorable ley natural el hecho de que lo que muere se queda muerto. Sin embargo, esa es una ley de la naturaleza caída. En la visión judeocristiana de la naturaleza, la muerte entró en el mundo como un juicio sobre el pecado. El Creador decretó que el pecado era una ofensa capital: "El día que comas de él ciertamente morirás" (Génesis 2:17) fue la advertencia original. Dios concedió una extensión de la vida posterior al día del pecado, pero no indefinidamente. La sanción original no fue completamente revocada. La Madre Naturaleza se convirtió en el verdugo supremo. Adán fue creado tanto con la posibilidad de morir (*posse mori*) como con la posibilidad de evitarlo (*possi non mori*). Por su transgresión, él perdió la posibilidad de evitar la muerte y contrajo, como juicio, la imposibilidad de no morir (*non posse non mori*).

Jesús no era Adán. Él era el segundo Adán. Él estaba libre del pecado, tanto original como actual. La muerte no tenía derecho sobre él. Él fue castigado por el pecado imputado sobre él, pero una vez

que el precio había sido pagado y se le levantó la imputación, la muerte perdió su poder. En la muerte, se hizo una expiación; en la resurrección, la perfecta condición sin pecado de Jesús fue vindicada. Como afirma la Escritura, él fue resucitado para nuestra justificación así como para su propia vindicación.

El cociente probabilístico de Hume descartaba la resurrección porque era un suceso único. En ese punto él estaba en lo cierto: fue un suceso único. Si bien la Escritura registra otros relatos de resurrecciones, como la de Lázaro, éstas se hallaban en una categoría distinta. Lázaro volvió a morir. La singularidad de la resurrección de Jesús estaba ligada a otro aspecto de su singularidad. Estaba ligada a su condición sin pecado, una dimensión de la persona de Jesús que sería aun más única si la unicidad pudiera dividirse en grados.

Si Dios hubiese permitido que la muerte retuviera a Jesús para siempre, eso habría implicado que Dios quebrantara su propio carácter justo. Eso habría sido una injusticia, un acto que es absolutamente imposible que Dios cometa. Lo sorprendente no es que Jesús resucitara, sino que haya permanecido en la tumba todo el tiempo que estuvo en ella. Tal vez fue la condescendencia de Dios hacia la debilidad humana de la incredulidad lo que lo llevó a mantener a Cristo cautivo, para asegurarse de que no cupiera duda de que estaba muerto y que no se confundiera su resurrección con una resucitación.

La resurrección separa a Jesús de cualquier otra figura central de las religiones mundiales. Buda está muerto. Mahoma está muerto. Confucio está muerto. Ninguno de ellos era sin pecado. Ninguno ofreció expiación. Ninguno fue vindicado por la resurrección.

Si nos quedamos pasmados con incredulidad ante el hecho de la resurrección, haríamos bien en considerar la penuria de los dos que caminaban hacia Emaús aquel fin de semana. Lucas nos relata este suceso (Lucas 24:13-35). Mientras los dos hombres se alejaban de Jerusalén, Jesús se les unió de incógnito. Ellos se permitieron informar a Jesús sobre los acontecimientos de la crucifixión y mostraron una notoria impaciencia por su aparente ignorancia sobre estos hechos. Cuando ellos le refirieron el informe de las mujeres acerca de la resurrección, Cristo los reprendió:

> “¡Ay, insensatos! ¡Cómo es lento su corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, antes de entrar en su gloria?” Y partiendo de Moisés, y siguiendo por todos los profetas, comenzó a explicarles todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de él.

Cuando a ambos se les abrieron los ojos y reconocieron a Jesús aquella noche, se dijeron el uno al otro: “¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”

Un cristiano no es un escéptico. Un cristiano es una persona con un corazón que arde, un corazón en llamas con la certeza de la resurrección.

La ascensión de Cristo

Mi trabajo de grado en teología en Ámsterdam desató una crisis en mi vida cristiana. La crisis fue gatillada por un estudio técnico de la doctrina de la ascensión. Como la mayoría de los protestantes, yo había descuidado este tema, considerándolo un epílogo no científico de la vida de Cristo que no merecía una especial conmemoración como la Navidad o la Pascua. El suceso se describe solo dos veces en el Nuevo Testamento. Ahora estoy convencido de que ningún suceso en la vida de Jesús es más importante que la ascensión, ni siquiera la crucifixión o la resurrección. Es peligroso asignarles valores relativos a los episodios de la vida y ministerio de Cristo, pero si subestimamos la

significancia de la ascensión, caminamos sobre arenas movedizas.

¿Qué podría ser más importante que la cruz? Sin ella, no hay expiación, no hay redención. Pablo se resolvió a predicar a Cristo, y a él crucificado. No obstante, sin la resurrección, quedaríamos con un Salvador muerto. La crucifixión y la resurrección van de la mano, y cada una obtiene parte de su valor de la otra. Sin embargo, la historia no acaba con la tumba vacía. Escribir *fin* en ese punto es soslayar un momento culmen de la historia de la redención, un momento hacia el cual tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento avanzan con inexorable determinación. La ascensión es el apogeo de la exaltación de Cristo, la cúspide de la historia de la redención hasta este punto. Es el significativo momento de la coronación de Cristo como Rey. Sin ella, la resurrección acaba en decepción y Pentecostés no sería posible.

Mi experiencia crítica en Holanda surgió a causa de un estudio de una oscura declaración de labios de Cristo. En una ocasión, cuando Jesús hablaba a sus discípulos de su inminente muerte, él dijo: “A donde yo voy, no me puedes seguir ahora” (Juan 13:36), y: “Dentro de poco, el mundo no me verá más” (Juan 14:19). Jesús prosiguió con su discurso explicando: “Les conviene que yo me vaya” (Juan 16:7). Aquí Jesús estaba haciendo un juicio de valor acerca de su partida. El punto de su comentario era sugerir que su ausencia era mejor para sus discípulos que su presencia. Esto debe haber forzado el pensamiento de sus amigos hasta límites extremos. A primera vista, es impensable que en alguna circunstancia la gente pudiera beneficiarse más de la ausencia de Jesús que de su presencia, excepto para aquellos desafortunados que enfrentan su juicio y agradecerían que él les diera alguna tregua. El cristiano anhela la presencia continua de Cristo. El cristiano contemporáneo añora e imagina cómo habrá sido haber visto y conocido al Cristo encarnado cuando él caminó sobre la tierra. Millones de personas viajan cada año a Palestina solo para ver dónde vivió y ministró Jesús. Seguramente la iglesia o no ha logrado captar la importancia de las palabras de Jesús, o bien simplemente ha sido incapaz de creerlas. Vivimos como si no hubiese habido ascensión.

Los discípulos tardaron en captar la necesidad de la partida de Jesús. Ellos se opusieron a su determinación de ir a Jerusalén y se ofendieron por el anuncio de su cercana muerte. Entre la resurrección y la ascensión, amaneció una nueva luz sobre ellos a medida que comenzaron a experimentar un notable cambio de actitud. La culminación del cambio se hizo evidente en su inmediata reacción ante el visible ascenso de Jesús hacia el cielo. Ellos no mostraron la reacción humana normal ante una partida como esa. El relato dice que los discípulos “volvieron *muy felices* a Jerusalén” (Lucas 24:52, énfasis añadido).

Una partida puede ser una dulce tristeza, pero la medida normal de dulzura no puede convertir la tristeza en felicidad. Cuando los hombres se embarcan a la guerra o los marinos se echan a la mar, hay más lágrimas que sonrisas en los rostros de los seres queridos que se quedan. Recuerdo haber tironeado del bolso de mi padre cuando salió a tomar el tren de la tropa al final de un permiso durante la Segunda Guerra Mundial. Eso no tenía nada de feliz. Recuerdo el final de las vacaciones de Navidad y el ritual que tenía lugar en el terminal de buses Greyhound en mi época de estudiante, cuando dejaba a mi novia en un bus de vuelta a la universidad después de haber disfrutado de un breve interludio juntos. Yo no volvía con gozo a la universidad.

En efecto, tuvo que venir un ángel a mover a los discípulos para que dejaran el sitio donde Cristo había partido sobre el Monte de los Olivos. Ellos estaban allí petrificados, deleitándose con la visión de la nube de gloria que envolvió a Jesús. Ellos estaban arraigados en el lugar, absortos al ver la majestad que los rodeaba. Su ensueño se vio interrumpido por las palabras del ángel: “Varones galileos, ¿por qué están mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ustedes han visto irse al cielo, vendrá de la misma manera que lo vieron desaparecer” (Hechos 1:11).

Ellos regresaron a Jerusalén. Ellos deben haber estado como locos, riendo, saltando, y cantando todo el camino. Ellos recordaron las palabras de Jesús en el aposento alto sobre la promesa de otro

Consolador que iba a venir. Sus corazones estaban alegres porque finalmente comprendieron a dónde iba Jesús y por qué iba allí.

Anteriormente, Cristo había dicho: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo” (Juan 3:13). Él estaba hablando de sí mismo. Estas palabras situaron la ascensión directamente en la categoría de un hecho único. En su ascensión, Jesús exhibió una vez más que él era único en su clase. Nadie antes ni después ha “ascendido” al cielo. El prerrequisito para la ascensión era un previo descenso. Siendo el Cristo unigénito encarnado, Jesús estaba singularmente calificado para este suceso. Otros se habían ido al cielo. Enoc fue “traspuesto” y Elías fue “tomado”. Uno podría “ascender” una escalera (Jesús le había dicho a Natanael que vería ángeles ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del Hombre, y Jacob contempló una escalera en su sueño de medianoche en Betel), o uno podía “ascender” a Jerusalén, avanzando hacia una altura por sobre el nivel del mar. El término podía usarse en sentido figurado para referirse al “ascenso” del rey a su oficio real. Pero nadie jamás había “ascendido al cielo” en el sentido al que se refería Jesús.

La ascensión de Jesús fue el acontecimiento político supremo en la historia del mundo. Él ascendió no tanto a un lugar como a un oficio. Él partió desde la arena de la humillación y el sufrimiento para entrar en su gloria. En un instante, él saltó desde su condición de maestro galileo desechado al Rey cósmico del universo, pasando por sobre las cabezas de Pilato, Herodes, y todos los demás gobernantes de la tierra. La ascensión catapultó a Jesús a la derecha de Dios, donde fue entronizado como Rey de reyes y Señor de señores. Aquí, la “necesidad” política salta a la vista.

Las implicaciones de este suceso para la iglesia son inmensas. Significa que aunque suframos persecución y la burla de estructuras de poder hostiles; aunque gimamos bajo el degradante estatus de una minoría indeseada, nuestro candidato se sienta en el sillón de autoridad soberana. El reino de Dios no es un sueño sin cumplir o una fantasía religiosa. La investidura de nuestro Rey es un *hecho consumado*. Su reino no es ni mitológico ni ilusorio. Corresponde a un estado de cosas real. En este preciso instante, el Señor Dios todopoderoso reina con su Hijo a su derecha, en el asiento de autoridad imperial. Por cierto, el reino aún tiene que consumarse; eso es futuro. Sin embargo, ya ha sido inaugurado. Eso es pasado. Él reina con poder, en posesión de toda autoridad en el cielo y en la tierra. Eso es presente. Su reino es invisible pero no menos real. Le toca a la iglesia hacer visible su reinado invisible.

La ascensión de Cristo a la derecha de Dios está inseparablemente vinculada a la venida de Pentecostés. En cierto sentido, a Jesús le faltaba autoridad para enviar el Espíritu Santo antes de su ascensión. Uno de los primeros actos de autoridad que él ejerció después de su entronización fue dotar a su iglesia con poder de lo alto. Sus discípulos recibieron una gran comisión, un mandato para penetrar el mundo entero dando testimonio del reino. Ellos eran y deben ser los verdaderos testigos de Jehová. Sin embargo, no debían cruzar ninguna frontera ni emprender misión alguna antes de que descendiera el Espíritu. Los discípulos regresaron a Jerusalén gozosos por el propósito de su espera; ellos estaban esperando el Pentecostés. Cuando el nuevo Rey del universo envió el Espíritu Santo, el poder del reino fue liberado en el mundo.

La exaltación de Cristo no solo fue política; también fue sacerdotal. Él no solo asumió el cetro del Rey, sino también la vestimenta del Sumo Sacerdote. En su ascensión, Jesús entró al santuario así como al palacio. Jesús no solo se sienta a la derecha de Dios, sino que se arrodilla. Él ha entrado al Lugar Santísimo, el Santo de los Santos, para interceder a diario por su pueblo. Somos un pueblo cuyo Rey ora por nosotros llamándonos por nuestro nombre.

¿Te sorprende, entonces, el gozo de los discípulos? Una vez que ellos comprendieron a dónde iba Jesús y por qué iba allá, la única reacción apropiada era la celebración. Ellos volvieron a Jerusalén danzando. Su presencia física se había ido, pero su presencia espiritual y política se había potenciado. Sus palabras consuelan a su novia “ausente”: “Y yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del


mundo” (Mateo 28:20).

Acerca del autor

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio cristiano internacional de educación con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como ministro a cargo de la predicación y enseñanza en Saint Andrew's Chapel en Sanford y como rector de la Academia Ligonier de Estudios Bíblicos y Teológicos. Su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind*.

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó en la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos importantes.

El Dr. Sproul es autor de más de setenta libros. También ha trabajado como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Prince's Poison Cup*. Para más recursos de Ligonier Ministries, por favor diríjase a http://www.ligonier.org/store/collection/spanish-resources/

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Longwood, Florida.